

# Historia antigua del Próximo Oriente

## Mesopotamia y Egipto

Joaquín Sanmartín

José Miguel Serrano



# Libro I

## EL PRÓXIMO ORIENTE ASIÁTICO MESOPOTAMIA Y SUS ÁREAS DE INFLUENCIA

Joaquín Sanmartín Ascaso



# VII

## Historia de la antigua Mesopotamia

FASE II (-2000-609):  
EL NEOCLASICISMO  
BABILÓNICO.

A: ÉPOCA PALEOSEMÍTICA  
(ca. -2000-1000)

Los clanes «occidentales» o amorreos (*amurrū*), seminómadas parcialmente asimilados ya durante Ur III, se integraron en la cultura urbana y asumieron el poder político. Pese a sus intentos por copiar o continuar la política centralista de los grandes estados de finales del III milenio a.C. –Akkad y Ur III–, los reinos gobernados por monarcas amorreos estaban fuertemente dominados por las estructuras clánicas y macrofamiliares, lo que, a la larga, desestabilizaba los mecanismos dinásticos y favorecía la fragmentación territorial.

En el sur, y durante todo el II milenio a.C., sólo un estado de los nacidos durante la cesura amorrea, *Babilonia*, y de manera efímera, alcanzaría cierta preponderancia; la nota dominante en el Próximo Oriente durante la llamada *época Paleosemítica* fue la división y la lucha entre estados. Ello no obstante, y bajo las pautas marcadas en Babilonia desde comienzos del II milenio a.C. –*época Paleobabilónica*–, la cultura asumió lo mejor de la herencia sumero-semítica anterior, recuperó los cánones estéticos esenciales y los relanzó por todo el Próximo Oriente asiático. El acadio, en su variante babilónica, sería la lengua internacional y de cultura para el resto de la historia mesopotámica.

En el norte, un jeque amorreo inauguró la dinastía paleoasiria bajo el nombre de Šamši-Adad I [↑ VII.1.2.1]. Asiria, enemiga de Babilonia pero profundamente babilonizada, sería un importante transmisor cultural de lo babilónico hacia el Cáucaso y Anatolia (hititas). Al este, Elam hacía de puente hacia el Irán y las mesetas centroasiáticas; al oeste, una Siria cuyos escribas tenían maestros babilonios extendía los cánones mesopotámicos hasta el sur palestino y obligaba a los escribas de la cancillería faraónica a aprender cuneiforme y a mantener la correspondencia en acadio babilónico.

La mayoría de las grandes obras de la literatura mesopotámica se copiaron o compusieron en Babilonia en los primeros siglos del II milenio a.C. Es el *Neoclasicismo babilónico*, salvador, transmisor y adaptador del viejo Clasicismo del III milenio a.C. que antes habían encarnado las ya entonces viejas urbes de Eridu y Kiš.

Datos	Cronología
<b>(A) El Sur:</b>	
<i>Estados amorreos de Larsa e Isin</i>	desde -XXI
Estados regionales	
<i>Babilonia I: época antigua</i> ( <i>dinastía amorrea</i> )	desde -XIX
Estado suprarregional babilónico	
Textos paleobabilónicos: literatura, matemáticas, astronomía, medicina y química	
(Hammurapi)	-1792-1750)
Código de Hammurapi	
Expansión babilónica en Siria: reino de Mari	
<i>Babilonia II: época media</i> ( <i>dinastía casita</i> )	desde -XVI
<b>(B) El Nordeste:</b>	
<i>Asiria I: época antigua</i>	desde -XX
Textos paleoasirios	
Comerciantes asirios en Anatolia	-XIX
Política expansionista	
(Šamši-Adad I)	ca. -1813-1781)
Asiria vasalla de Hurri-Mittani	desde -XVI
<i>Asiria II: época media</i>	-XIV-XI
Primeras tendencias expansionistas	
(Tukulti-Ninurta I)	ca. -1243-1207)
Revueltas antiasirias (arameos)	
<b>(C) El arco norte:</b>	
<i>Anatolia I: estados indoeuropeos</i>	
Invasiones indoeuropeas	desde -XXIII
Antiguo imperio hitita	desde -XVIII
Metalurgia del hierro	
(Anitta de Kuššara)	-XVIII)
(Muršili I)	ca. -1530)
(Telipinu)	ca. -1460)
Intereses hititas en Siria	desde -XVII
<i>Reinos hurritas</i>	
Estado de Hurri-Mittani	desde -XV
Intereses hurritas en Siria	
(Tušratta)	ca. -1365-1335/ 1322)
Conquista asiria	ca. -1200
<i>Anatolia II: gran imperio hitita</i>	desde -XV
Expansionismo hitita	
(Šuppiluliuma I)	ca. -1350)

(Muwatalli	ca.	-1275)
(Hattušili III	ca.	-1250)
«Pueblos del Mar»	ca.	-1200
<b>(D) El Levante</b>		
<i>Siria I: época antigua</i>	desde	-XIX
Reyes de Yamhad		
Mari		
Intervenciones hititas	desde	-XVII
<i>Siria II: ciudades estado</i>		-XIV-XII
Estados de Alepo / Alalah Idrimi	ca.	-1475
Archivos sirios de Emar y Ugarit		
Alfabeto de 30 signos en Ugarit		
«Pueblos del Mar»	ca.	-1200
<i>Palestina: control egipcio</i>		
Textos de Al-Amarna		-XIV
Actividad de grupos marginales ( <i>habirū</i> )		
«Pueblos del Mar» (filisteos)	ca.	-1200
<i>Levante mediterráneo</i>		
Ataques de los «Pueblos del Mar»	ca.	-1200
Edad oscura en el Egeo, Anatolia, Siria		

Tabla 15. Cronología de la época paleosemítica

## VII.I. MESOPOTAMIA EN LA ÉPOCA PALEOSEMÍTICA

### VII.I.I. El sur mesopotámico: Babilonia

A diferencia de Asiria, donde sus monarcas fueron siempre autóctonos, todas las dinastías que gobernaron en Babilonia durante los primeros siete siglos de independencia fueron extranjeras, aunque terminaron babilonizándose en mayor o menor grado: amorreas, casitas o marismenios del Golfo Pérsico. Es más, los momentos más brillantes de toda la historia babilónica, hasta la época persa, son los que coinciden con los reinados de dinastías de origen no babilónico; éste es el caso de los amorreos, durante la época paleobabilónica; de los casitas, durante la época babilónica media, y, por último, de los caldeos, en época neobabilónica.

Distinguiremos dos épocas políticas en la Babilonia paleosemítica, es decir, durante el II milenio a.C.:

- a) una época *Paleobabilónica*, o Babilonia I, hasta mediados del II milenio, y
- b) una época *Babilónica Media*, o Babilonia II, desde mediados del II milenio.

#### VII.I.I.I. Babilonia I: época Paleobabilónica (siglos -XX-XVI)

El vacío que siguió al macroestado de Ur III fue ocupado —en el centro y el sur mesopotámicos— por clanes *amorreos* que establecieron dinastías diversas en las diferentes ciudades.

Características de esta época son las dinastías amorreas gobernantes en Isin (desde ca. -2017) y en la vieja Larsa (desde ca. 2025, luego dueña de Isin); ambas se consideraron sucesoras ideológicas de la vieja metrópolis sumeria de Ur. Las rivalidades entre estas dos casas y, luego, los esfuerzos de Larsa por mantener la preeminencia entre los príncipes amorreos que gobernaban en otras ciudades –Ešnunna, Sippar, Kiš, etc.– llenan lo que Edzard (1957) denomina un *período intermedio*, que había comenzado con la ruina de Ur III y que terminaría con la reunificación de Babilonia bajo el rey Hammurapi.

Una de las poblaciones que se disputaban la hegemonía vacante desde Ur III era Babil, en realidad poco más que una aldea sin especial protagonismo. En ella, la futura Babilonia, se estableció así mismo un clan amorreo. El éxito de la ciudad, destinada a convertirse en una de las capitales culturales y políticas del mundo antiguo y en arquetipo de lo urbano, se debe a la política del rey Hammurapi (ca. -1792-1750), sexto monarca de la serie de once reyes de la llamada I dinastía babilónica (desde ca. -1894-1595). Hammurapi extendió sus dominios hacia el sur (Larsa) y el este (Ešnunna), incorporando estos territorios a su reino. Su política unificadora y expansionista le exigía, como le había sucedido ya a Sargón I de Akkad [↑ VI.2.1], el control de Siria y de las rutas comerciales hacia el Mediterráneo y Egipto, pero en este caso tuvo que vencer la resistencia por parte de sus vecinos del norte, los asirios, cuyo rey Šamši-Adad I perseguía los mismos fines. Hammurapi terminó de redondear sus dominios en Siria conquistando la ciudad de Mari, a orillas del Éufrates y por entonces en la esfera de intereses asirios, y asegurándose el control del reino de Yamhad (Alepo), con lo que tenía vía libre hacia el Levante mediterráneo.

La capital de este reino fue Babilonia, y el dios local de Babilonia, el hasta entonces insignificante Marduk, comenzó su ascenso hasta colocarse entre los Grandes dioses del panteón mesopotámico [↑ III.1.1.2].

La idea matriz de la política de Hammurapi fue combinar el imperialismo que habían ensayado ya los acadios de Sargón I y Ur III con una actuación justa y recta respecto a sus súbditos, en un intento por plasmar el modelo monárquico próximo oriental del «Buen Pastor» [↑ II.5.3.2; ↑ Texto 19]. La administración estaba, también como en los tiempos de Akkad y Ur III, en manos de una burocracia centralizada. Las preocupaciones socio-políticas de Hammurapi encontraron su mejor expresión en el «Código» que lleva su nombre: una colección y unificación de leyes consuetudinarias realizada con el fin de corregir ciertos abusos causados por la desigualdad entre los estamentos sociales. De ahí el principio de igualdad penal según la fórmula «ojo por ojo, diente por diente» [↑ Texto 52], que ha de ser entendido como garantía legal frente a los abusos del poder y los deseos de venganza.

Texto 52:

§ 21. Si un hombre abre una brecha (para robar) en una casa, que lo maten y lo cuelguen ante esa misma brecha.

§ 196. Si un hombre destruye un ojo de otro hombre, que le destruyan a él un ojo.

§ 200. Si un hombre le salta un diente a otro hombre de su mismo rango, que le salten un diente a él.

§ 201. Si le salta el diente a un simple «muškēnum», que pese y pague 20 siclos de plata.

§ 202. Si un hombre le da una bofetada a otro hombre de una categoría superior a la suya, que le den en la asamblea sesenta azotes con un vergajo de buey.

§ 229. Si un albañil le hace una casa a un hombre pero no realiza su trabajo sólidamente y la casa que hizo se cae y es causa de la muerte del dueño, que maten a ese albañil.

(Epílogo)

Éstas son las sentencias justas que ha dictado Hammurapi, el rey capaz, dotando al país de costumbres sólidas y buena conducta.

(...)

Yo soy el rey más excelente de todos los reyes. Mis palabras son exquisitas, mi capacidad es sin igual.

Que por orden del dios (solar) Šamaš, juez supremo de cielos y tierra, prevalezca mi justicia en el país.

Que por orden del dios (babilonio) Marduk mis grabados no tengan que enfrentarse a alguien que los borre.

Que en el (templo) Esagil, que yo amo, sea recordado mi nombre por siempre con agradecimiento (...)

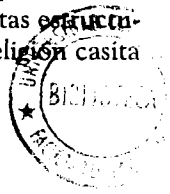
(Del «Código de Hammurapi»; Finet, 1973; Borger, 1985; Roth, 1995)

La época Paleobabilónica es el *período clásico de la literatura* mesopotámica: el dialecto babilónico se convirtió en el modelo lingüístico a imitar en épocas sucesivas. En esta época se escribieron algunos de los mitos más relevantes de la lengua acadia (epopeyas de *Gilgameš* y de *Atram-Hasis* «El Super-Sabio»), a la vez que se copiaron, reelaboraron y tradujeron al acadio numerosos textos sumerios. Se elaboraron también las bases teológicas de la religión asirio-babilónica (los cultos de los viejos dioses sumero-semitas An, Enlil, Ea e Ištar, y el de los dioses nacionales Marduk de Babilonia, y Asur de Asiria), y se realizaron avances sustanciales en matemáticas, astronomía, gramática y lexicografía.

Tras el efímero período de Hammurapi, Babilonia se sumerge en un ambiente de rivalidades y se fragmenta políticamente. El período Paleobabilónico finaliza en el s. -XVI con la conquista de Babilonia por el rey *hitita* Muršili [↑ VII.2.1].

### **VII.1.1.2. Babilonia II: época Babilónica Media (desde el s. -XVI)**

En el s. -XVI, Babilonia se sumió en una época oscura; luego, y durante casi medio milenio —hasta ca. -1155—, Babilonia estuvo regida por reyes de origen *casita*, población procedente de las montañas orientales (Zagros, Luristán) y parcialmente presente en Babilonia como grupo marginal desde el s. XVIII. En sus épocas de mayor expansión, la dinastía casita controló Mesopotamia hasta la ciudad de Mari. La capital, desde el s. -XIV, no fue Babilonia, sino *Dur-Kurigalzu*, fundación del rey Kurigalzu II (ca. -1332-1308). Los jerarcas y clases dominantes casitas nombraron por asimilarse a la cultura babilónica, y sus últimos reyes adoptaron nombres acadios; no obstante, la población de origen casita mantuvo ciertas estructuras clínicas peculiares incluso una vez desplazada esta dinastía. La religión casita



dejó algunas huellas hasta el s. -VII, aunque no consta que los monarcas casitas edificaran templos a otros dioses que no fueran los tradicionales babilónicos, excepción hecha del santuario real, dedicado a sus divinidades *Šuqamuna* y *Šimaliya* [↑ III.1.2.3]. La lengua casita es muy mal conocida [↑ Tabla 1], ya que todos los textos conservados de esta época están redactados en acadio o sumerio.

Durante la época casita, la sociedad babilónica gozó de una relativa estabilidad, en contraste con la fragmentación y las rivalidades que habían caracterizado a la época paleobabilónica. Los casitas eran peritos en la doma y cría de caballos; por primera vez se incorporaron al ejército sistemáticamente los *carros ligeros de guerra*, un arma eficacísima que contribuyó a reforzar las fronteras y repeler a los eventuales agresores. En el plano cultural, volvió a florecer la cultura que se había eclipsado al final de la época paleobabilónica y durante la edad oscura que la sucedió. Se compusieron algunos poemas que pronto se difundieron por todo el Próximo Oriente; entre ellos, el «Poema del Justo Sufriente» (Lambert, 1960: 21 ss.). Trata de las penalidades de un noble inmerecidamente abandonado por su dios, sus amigos y sus familiares, y tiene algunos paralelos temáticos con el libro bíblico de *Job*.

En el s. -XII, una dinastía babilónica autóctona se hizo con el poder, con el auxilio elamita: la llamada *dinastía II de Isin*. Sus monarcas tuvieron que emplear todas sus energías en contener, no siempre con éxito, la agresiva política asiria. Los años que quedan del II milenio a.C. y los primeros siglos del I están ya marcados por los conflictos que tiene que mantener Babilonia en tres frentes:

- 1) con Asiria, cuyos monarcas llegaron a ocupar el trono babilónico,
- 2) con el Elam, siempre atento a intervenir en la baja Mesopotamia, y
- 3) con los inquietos y cada vez más incisivos clanes *arameos* [↑ II.6.1.2].

Estos últimos terminarían haciéndose con el poder en Babilonia a finales del s. VII, inaugurando un siglo culturalmente esplendoroso y políticamente influyente en Mesopotamia y fuera de ella: la época Neobabilónica [↑ VIII.1.2.1].

## VII.1.2. El nordeste mesopotámico: Asiria

«Asiria» (*Assyria*) es el nombre que los griegos le pusieron a lo que actualmente es el norte del Irak en torno a Mosul, y se deriva del nombre de su capital histórica, *Aššur* [↑ Figura 10], que era también el del dios nacional. El núcleo de la antigua *Asiria* es una zona donde predominan los pastos y la agricultura de secano, garantizada por el régimen de lluvias; las zonas irrigables son pocas. Esta región vivió siempre en condiciones geo-económicas peculiares, en todo caso muy diferentes de las zonas de huerta del sur aluvional mesopotámico. Mantuvo así mismo ciertas características culturales y lingüísticas propias, aunque en lo esencial dependió siempre del sur sumero-babilónico.

### VII.1.2.1. Asiria I: Época Paleosiria (desde -XXI)

A comienzos del s. -XXI la región mantenía intensas relaciones comerciales con *Anatolia*, hacia donde exportaba tejidos y productos manufacturados a cambio de cobre y estaño. La base comercial más importante –pero no la única– fue *Kaniš* (hoy *Kültepe*), en la que se instalaron de modo permanente una serie de *agencias asirias*; la excavación de los archivos ha proporcionado una abundante documentación

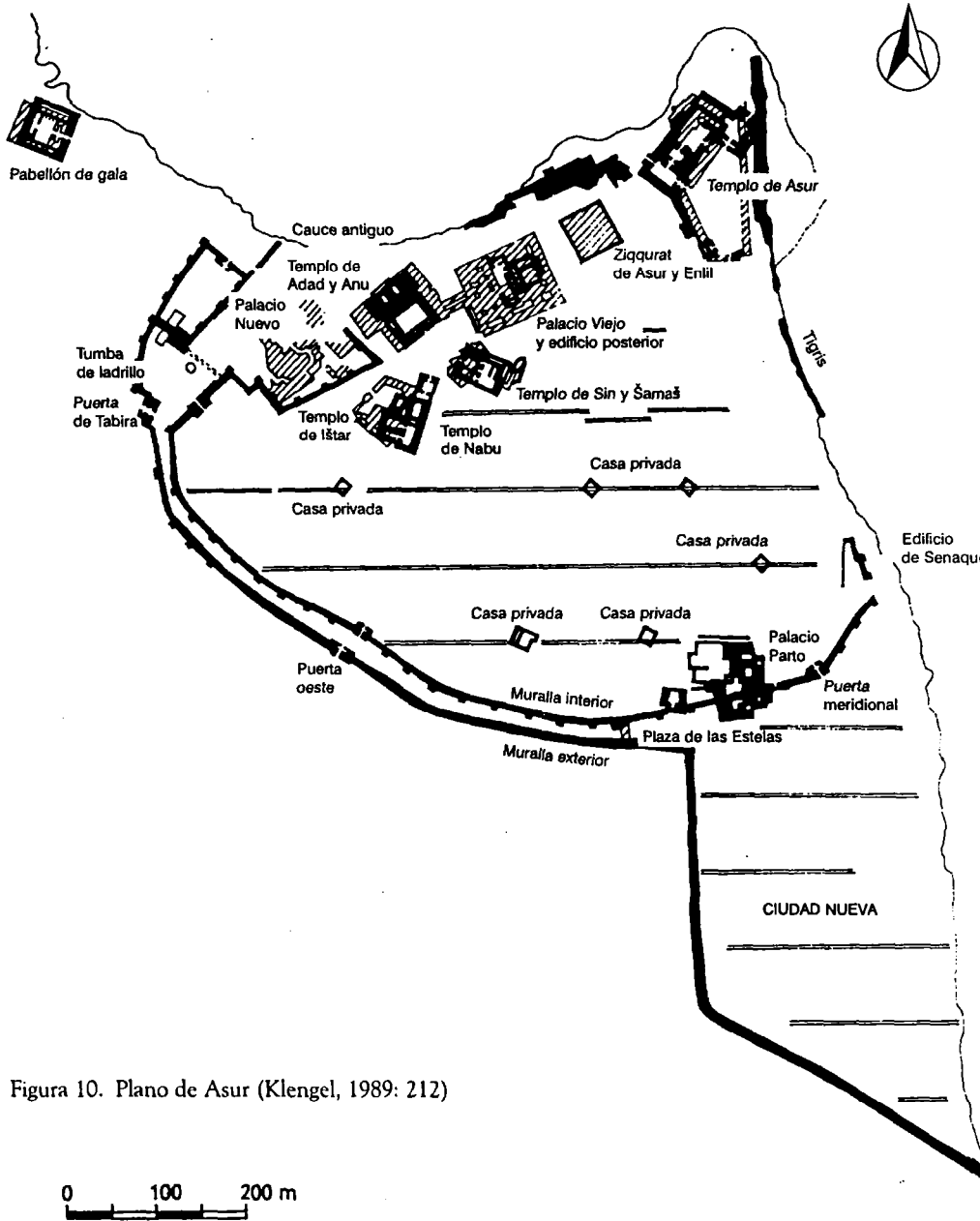


Figura 10. Plano de Asur (Klengel, 1989: 212)

sobre el desarrollo de los intercambios comerciales, que arroja abundante luz sobre la cultura y la lengua del llamado período *Paleoasirio*.

Desde comienzos del II milenio a.C., Asiria fue regida por una dinastía *amorrea*, cuyo representante principal, *Šamši-Adad I* (ca. -1813-1781) –que adoptó el viejo título asirio de «Lugarteniente del dios Asur» [↑ II.5.4.2]–, controló todo el norte

y, al hacerse con la ciudad siria de Mari, situada a orillas del Éufrates, también la ruta comercial que conectaba Mesopotamia con el Mediterráneo. Su único rival terminó siendo la Babilonia de Hammurapi y sus sucesores de la I dinastía babilónica. A la muerte de Šamši-Adad I, el estado asirio se desintegró.

### **VII.1.2.2. Asiria en la órbita de Hurri-Mittani (siglos XVI-XIV)**

A mediados del II milenio a.C., Asiria fue asimilada políticamente por el estado hurrita de *Hurri-Mittani* [↑ VII.2.2], en régimen de vasallaje. Aunque carecemos de noticias fiables, las listas reales muestran que el trono asirio continuó ocupado.

### **VII.1.2.3. Asiria II: Época Asiria Media y comienzo de la política expansionista**

*Aššur-uballiš I* (ca. -1363-1328) fue el primer rey asirio de importancia tras Šamši-Adad I, y quien confirmó el renacimiento de Asiria como potencia internacional. Su política de emancipación fue posible gracias a la aniquilamiento del poderío hurro-mittánico por parte del rey hitita Šuppiluliuma I (ca. -1355/45-1320) [↑ VII.2.3]; el vacío dejado por Hurri-Mittani en el norte siro-mesopotámico y la zona subcaucásica fue aprovechado en adelante por los monarcas asirios para sentar las bases de un estado territorial sólido y con clara vocación expansionista, toda vez que Babilonia, la rival potencial en el sur, se ausentaba de la esfera internacional, y que los hititas, los vecinos occidentales de Asiria, tenían bastante con contener a Egipto.

Las directrices de esta política expansionista fueron sobre todo dos, si exceptuamos la crónica rivalidad con Babilonia:

- 1) al norte y nordeste, la contención y, en la medida de lo posible, aculturación de las tribus montañosas subcaucásicas e iránias; mucho más importante fue:
- 2) la expansión hacia el Mediterráneo.

El río Éufrates fue asirio desde que *Adad-nirari I* (ca. -1305-1274) conquistó Karkemiš; las estepas sirias –y las rutas caravaneras que la atravesaban– quedaron bajo control asirio desde que *Tiglatpiléser I* (ca. -1114-1076) conquistó Palmira y alcanzó en algunos puntos la costa fenicia. A comienzos del I milenio a.C., sólo quedaban por conquistar en Siria y Palestina el reino arameo de Damasco, un cierto número de reinos diminutos como Israel y Judá, y las ciudades estado más fuertes de la costa fenicia; todos ellos apoyados por Egipto. Cualquier descuido de la corte faraónica podía poner definitivamente en manos asirias todo el litoral Mediterráneo.

No obstante, Asiria padecía un mal endémico: la inestabilidad interior, que solía aflorar a la muerte de cada rey con el planteamiento de fuertes conflictos sucesorios. Por lo general, la muerte de un monarca implicaba una época más o menos larga de inseguridad política, que era aprovechada por los vasallos para reclamar su independencia. Con frecuencia bastaban expediciones de castigo, por cierto muy severas, para recuperar la normalidad; en ocasiones, sin embargo, estas épocas de luchas interiores fueron más largas, lo que facilitó la independencia de los estados periféricos. Así, por ejemplo, la expansión del reino de Israel-Judá bajo Salomón (-971-931) se debió más a la debilidad asiria –y egipcia– que a la fuerza del reino hebreo.

## VII.2. EL ARCO NORTE MESOPOTÁMICO Y EL DECLIVE DE LA ÉPOCA PALEOSEMÍTICA (HASTA EL S. -XII)

Entre los siglos -XVI y -XII, el centro de gravedad del acontecer histórico se desplaza de la Mesopotamia central a la periferia. Babilonia, bajo la dinastía casita, se mantuvo políticamente al margen de la política internacional, y Asiria sólo dio muestras de voluntad política desde el s. -XIV.

### VII.2.1. Anatolia I: Imperio Hitita Antiguo (desde s. -XVIII)

Los *hititas* eran una población de lengua *indoeuropea* establecida en Anatolia en el marco de las grandes migraciones arias ocurridas a finales del III milenio a.C. Muy probablemente penetraron por el Cáucaso, no a través de los Dardanelos. A su llegada, Anatolia estaba habitada por una población anterior, portadora de una cultura muy elaborada; su nombre era *Hatti*, y su lengua, muy mal conocida y de tipo aglutinante, el hático [↑ Tabla 1]. Los clanes indoeuropeos adoptaron como nombre colectivo el de esta población anterior, de donde su denominación de *hititas*; el nombre internacional del país hitita fue también *Hatti*.

Su capital fue *Hattuša*, en Anatolia Central, que había sido ya plaza fuerte en la época háttica y estaba dotada de poderosas defensas y grandes templos edificadas en piedra de sillería [↑ Figura 11]. El hitita *Hattušili I* la conquistó a mediados del s. -XVII.

La adopción por los hititas de la escritura *cuneiforme* babilónica (a través de Asiria y Siria) para escribir su lengua indoeuropea los introduce en la historia en el s. -XVII. La historia hitita suele dividirse en dos grandes épocas:

- 1) el *Imperio Hitita Antiguo* (desde el s. -XVII), y
- 2) el *Gran Imperio Hitita* (*Hatti*, desde el s. -XV).

El *Imperio Hitita Antiguo* está marcado por la política de expansión hacia Siria y el norte mesopotámico; una expedición condujo a *Muršili I* (ca. -1530) hasta Babilonia, a la que conquistó, sellando así el fin de la I dinastía babilónica [↑ VII.1.1.1]. A su muerte, las disensiones internas condujeron a la pérdida de lo conquistado, y el reino hitita se retrajo durante algunos decenios de la política internacional.

Al parecer, la monarquía hitita fue en sus comienzos de carácter electivo; en general, la asamblea de nobles hititas fue siempre un factor muy importante en la política, lo que constituyó a la larga motivo de inestabilidad. Hacia fuera, la política hitita se basó en la firma de *pactos* o *tratados internacionales de vasallaje* con los soberanos de los pueblos periféricos, cuyos territorios pasaban a ser feudos a disposición del rey hitita. En caso de ruptura del pacto por parte del rey vasallo, el rey hitita podía disponer del territorio y entregárselo a alguien de su confianza. La política de pactos es antigua, y fue practicada desde siempre en el Próximo Oriente asiático; nuevo es el aspecto *documental*: los pactos o tratados hititas, de los que se conservan varios ejemplares, son una de las aportaciones más sobresalientes a la cultura del derecho internacional antiguo.

Los hititas fueron culturalmente receptivos; no sólo adoptaron la *escritura* cuneiforme, sino también las lenguas y los usos jurídicos y religiosos de las pobla-

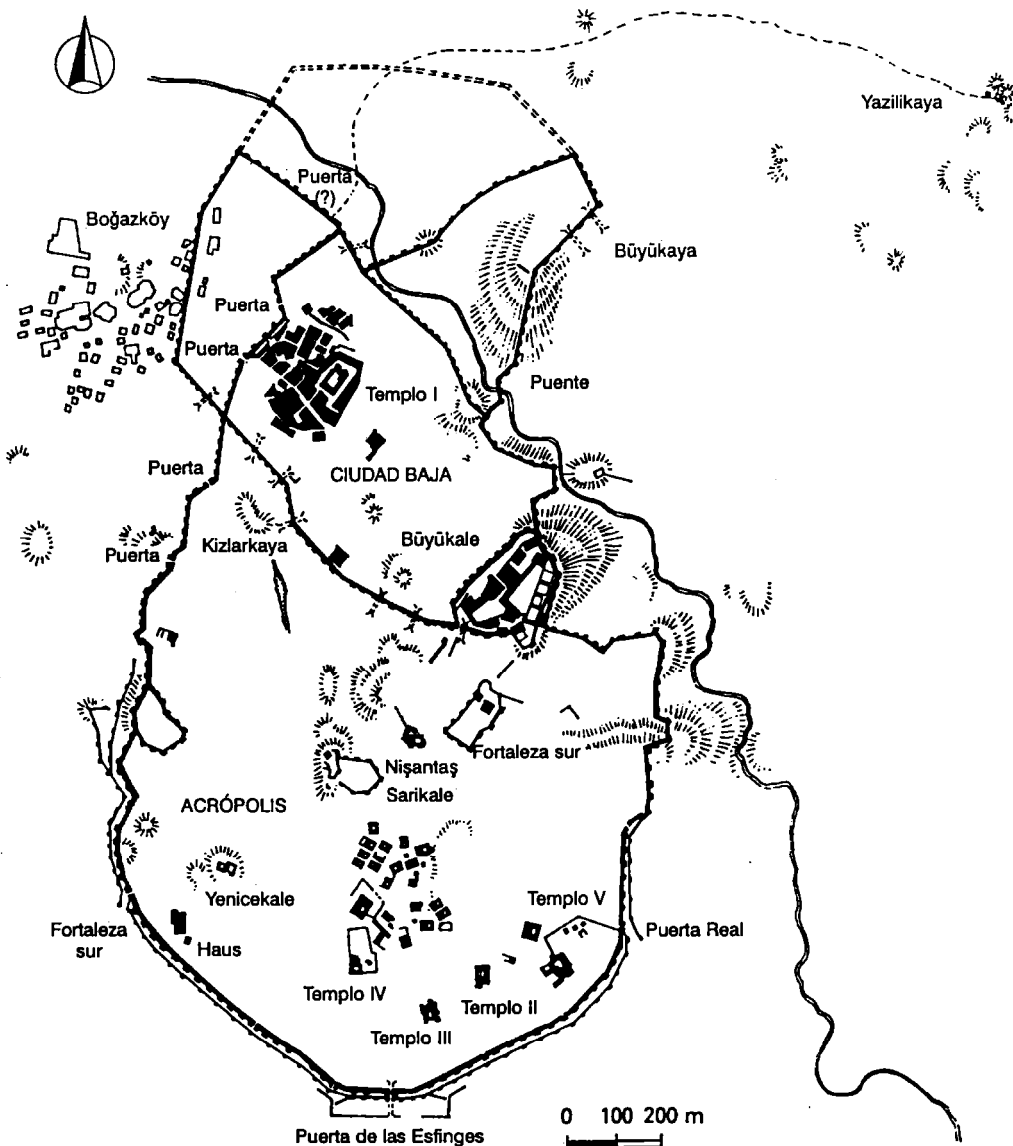


Figura 11. Plano de Hattuša, capital de Hatti (Klengel, 1989: 254)

ciones sometidas a su imperio. Así, sus textos –predominantemente rituales–, aunque redactados fundamentalmente en lengua hitita, contienen frecuentes secciones en la vieja lengua hática y en la lengua de sus súbditos *hurritas* [↑ VII.2.2], que constituían en Hatti una importante minoría cultural.

### VII.2.2. El norte siro-mesopotámico y los reinos hurritas (desde el s. -xv)

Los hurritas (Speiser, 1954; Wilhelm, 1982) constituían un grupo lingüístico asentado predominantemente, desde por lo menos los milenios IV y III [↑ V.2.1.1], en el arco septentrional siro-mesopotámico, en zonas del Cáucaso y en la Anatolia Oriental, es decir, aproximadamente en las zonas actuales kurdas (pero sin relación alguna con esta población); en la documentación del III milenio fueron conocidos bajo del nombre de *subareos*. Su idioma era de tipo aglutinante, como el sumerio, el elamita y el hático [↑ Tabla 1], aunque no estaba emparentado con ninguno de ellos. Su cultura, espléndidamente documentada por textos cuneiformes en lengua hurrita desde el III milenio, influyó poderosamente en Siria (en la ciudades de Alalah, Emar y Ugarit), Anatolia y el norte de Mesopotamia, siendo sus huellas muy claras en el ámbito religioso [↑ III.1.2.2] y en el de la terminología cultural, especialmente desde mediados del II milenio [↑ VI.2.1].

Un grupo hurrita, el *mittánico*, que había tenido un contacto breve pero intenso con algunos clanes indo-iranios (Diakonoff, 1972a), logró hacerse un hueco en el norte siro-mesopotámico —cuenca del Habur— en el s. -xvi, instaurando el estado hurrita de *Hurri-Mittani*; su época de mayor esplendor corresponde a los siglos -xv y xiv.

Es probable que buena parte de la fuerza militar mittánica derivase, por lo menos al principio, de su pericia en la cría y adiestramiento de caballos para usos bélicos, en especial para el *carro ligero de guerra*; técnicas todas ellas aprendidas en sus contactos con los indo-iranios. No fue éste, sin embargo, el factor primero ni el más importante del origen y de la expansión del estado mittánico, sino el vacío dejado hacía ya tiempo en esa zona por Asiria y momentáneamente por Hatti. En efecto, al estar situado Hurri-Mittani entre los territorios anatólicos hititas al oeste y el estado asirio al este, su expansión política sólo era posible a costa de los territorios de estos vecinos. Por ello, Mittani aprovechó la debilidad de los soberanos asirios para someterlos en régimen de vasallaje [↑ VII.1.2.2], a la vez que presionaba militar y diplomáticamente a los hititas aliándose con el mayor enemigo de éstos: Egipto. La política expansionista de los faraones del Nuevo Imperio en Siria chocaba directamente con los intereses hititas en esa misma región, de modo que la opción antihitita de Mittani hizo obvia la creación de un eje egipcio-mittánico. De hecho, los faraones Amenofis III y Amenofis IV tuvieron esposas hurro-mittánicas.

La disminución de la presión egipcia en Siria desde mediados del s. xiv (reinado de Amenofis IV) produjo un vacío de poder que fue compensado con el aumento de la presión hitita, tanto sobre la misma Siria como sobre el reino hurro-mittánico, aliado de Egipto: el rey mittánico *Tušratta* (ca. -1365-1335/1322), coetáneo de Amenofis IV, fue derrotado por los hititas, mandados por su gran rey Šuppiluliuma I [↑ VII.2.3]. Como era de prever, los vecinos del este, los asirios, se aprovecharon de la situación para sacudirse el yugo mittánico. Muy debilitado, el estado hurrita de Mittani iba a subsistir residualmente hasta ca. -1200 como vasallo de los hititas, sin ningún tipo de incidencia en la política siro-mesopotámica y siendo testigo mudo del poder asirio, cada vez más amenazador. El rey asirio *Tukulti-Ninurta I* (ca. -1233-1197) se encargó de la desaparición de los restos estatales hurritas [↑ VII.1.2.3].

### VII.2.3. Anatolia II: Gran Imperio Hitita (Hatti, desde -xv)

La estabilización de las estructuras estatales bajo Telipinu (ca. -1460) da comienzo a la segunda fase de la historia hitita, el *Gran Imperio*, que renueva y asegura la expansión hacia Siria y el norte mesopotámico. *Šuppiluliuma I* (desde ca. 1355/1345) anuló a Hurri-Mittani como poder político internacional al derrotar al rey hurrita *Tuṣratta*, y afianzó la dominación hitita en Siria instalando virreyes (p. e. en Karkemiš) e imponiendo *pactos de vasallaje* a los gobiernos sojuzgados. El estado hitita era la mayor potencia de la época; Egipto, su rival en el terreno sirio, consciente de la preeminencia hitita, trató de llegar a acuerdos que evitaran lo peor: la viuda del faraón Tutankhamón le pidió al rey hitita *Šuppiluliuma I* que enviase una princesa para ocupar el trono egipcio.

Sin embargo, la presión política hitita en Siria renovó los enfrentamientos militares y diplomáticos con los faraones tan pronto como Egipto quiso recuperar la iniciativa: el rey *Muwatalli* (ca. -1310-1280) chocó con Ramsés II en la *batalla de Qadeš* (ca. -1286), que dejó a la Siria del norte provisionalmente en manos hititas. Pero la presión ejercida desde el este por Asiria, que había alcanzado ya el Éufrates en Karkemiš bajo Adad-nirari I (ca. -1305-1274) [↑ VII.1.2.3] y amenazaba con la ocupación de toda Siria, provocó la reconciliación diplomática del rey hitita con el faraón: un tratado entre *Hattušili III* (ca. -1275-1260) de Hatti y el mismo Ramsés II ratificó el *statu quo* y, bajo la apariencia diplomática de un reparto de esferas de intereses en Siria, puso fin definitivamente a las aspiraciones egipcias en la zona (ca. -1270). Las buenas formas entre las dos potencias serían ya la norma; Egipto ayudaba a Hatti enviando grano a Anatolia para paliar las hambrunas, y Hatti correspondía suministrándole a Ramsés el metal estratégico más valioso de la época: hierro.

El final del Imperio Hitita (s. -xii) se debió a procesos de desestabilización interna y a los ataques de los llamados *Pueblos del Mar*, de origen probablemente balcánico, que asolaron el Egeo, Creta y todo el Levante hasta que pudieron ser detenidos por Egipto (Ramsés III; [↑ VII.3.3.2]). En el norte de Siria se mantuvieron algunos estados hititas, fragmentos del Gran Imperio, hasta las campañas de los reyes asirios de los siglos -viii y -vii.

## VII.3. EL LEVANTE SIRIO DESDE CA. -1550

Babilonia, el núcleo de la cultura mesopotámica, se hallaba ausente de la escena internacional desde -1500, y la iniciativa política la habían tomado dos estados periféricos enfrentados: *Hurri-Mittani* y *Hatti*, interesados ambos por el control de Siria. Desde el sur, *Egipto* presionaba igualmente con fuerza para hacerse con el control de esta región. Siria, desde siempre un ámbito cultural de fuerte personalidad y cruce de las rutas comerciales más importantes, y ahora disputada por tres potencias, se convirtió en un campo de batalla.

### VII.3.1. Las ciudades estado del norte entre los siglos xiv-xii: Ugarit

Pero las diferentes unidades políticas que la formaban —ciudades estado o estados territoriales menores—, lejos de sucumbir a la tentación políticamente plausible de identificar en bloque todos sus intereses con los de una de las tres potencias, pre-

frieron un régimen flexible de alianzas ocasionales o vasallajes más o menos onerosos (Liverani, 1974) que les permitieran una cierta supervivencia política y el viejo ejercicio de la actividad comercial (Heltzer-Lipiński, 1988). Culturalmente, Siria participaba con intensidad de la cultura babilónica, tanto en el uso de la escritura cuneiforme como de las estructuras mentales básicas. Junto a lo babilónico, y coloreándolo, las influencias hurrita e hitita se hacían más patentes en las ciudades estado del norte, donde *Alalah*, *Alepo*, *Emar* y *Ugarit* compartían destinos políticos y culturales.

En este contexto, el centro sirio más importante de la segunda mitad del II milenio a.C. fue precisamente *Ugarit*, ciudad de la costa siria con puerto internacional y abundante documentación epigráfica en sumerio, acadio, hurrita y chipro-minoico. Aquí se desarrolló, entre los siglos -XIV y -XII, el primer alfabeto conocido, compuesto de treinta signos y de factura *cuneiforme*, destinado sobre todo a escribir la lengua semítica autóctona, el ugarítico; en algunas tablillas escolares los aprendices de escriba anotaron los 30 signos de este alfabeto en una secuencia muy semejante al orden actual [↑ Figura 12]:

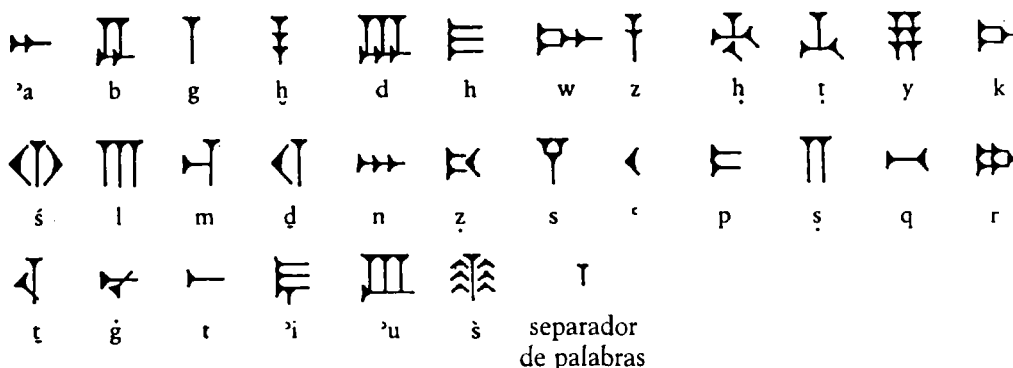


Figura 12. El alfabeto cuneiforme de Ugarit (s. -XIV)

Siria —en especial sus puertos del norte y entre ellos el principal, Ugarit— fue el puente entre las culturas minoicas y chipriotas del Egeo y las asiáticas: babilónica, hurrita o hitita. Las tablillas recuperadas en las excavaciones llevadas a cabo en la antigua Ugarit desde 1929 abarcan todos los campos del antiguo saber próximo oriental: además de cartas, documentos jurídicos y administrativos y manuales escolares destinados al adiestramiento de los escribas nativos, se ha descubierto un gran número de tablillas de tema mitológico, épico y cultural (rituales), y que, de esta manera, nos dan acceso a la literatura siria del II milenio. Los mitos más importantes —relativos al dios sirio *Baal*— están íntimamente relacionados con segmentos poéticos del Antiguo Testamento.

### VII.3.2. Palestina bajo control egipcio (Época de Amarna)

El sur siro-palestino caía plenamente en la esfera de influencia egipcia. Las diferentes ciudades estado mantenían correspondencia con la corte faraónica del Nuevo

Imperio en cuneiforme y lengua babilónica; 382 de estas cartas, destinadas a la cancillería faraónica y dirigidas sobre todo a Amenofis III y Amenofis IV, han sido excavadas en la ciudad egipcia de Tell Al-Amarna, la antigua capital Akhetatón. Las *cartas de Amarna* proporcionan información abundante sobre la situación política y social del ámbito siro-palestino de la primera mitad del s. -XIV: demuestran que el control egipcio sobre la zona era ya más nominal que real, y que el país se encontraba permanentemente amenazado por bandas de *habirū* [↑ II.6.1.3].

En la costa comenzaban los primeros balbuceos del *alfabeto fenicio*, derivado formal de la escritura hierática egipcia. Este alfabeto *linear*, diseñado para escribir sobre papiro o superficies duras y distinto en sus trazos –aunque no en su función– del alfabeto cuneiforme en uso en el norte (Ugarit [↑ VII.3.1]), fue adoptado a comienzos del I milenio a.C. por los griegos; a través de ellos alcanzó Italia y fue la matriz de todos los alfabetos actuales [↑ VII.2.1.1].

### **VII.3.3. El Levante mediterráneo a finales del II milenio (siglos -XII y -XI)**

Por razones que no conocemos bien, en torno al -1200 se produjeron una serie de crisis en el Egeo, Anatolia y Siria que anunciaban el final de una época y, con ellas, de un sistema cultural que había estado vigente durante milenios: la que los arqueólogos llaman *Edad del Bronce*.

#### **VII.3.3.1. La crisis final del Bronce**

Los pilares simbólicos, sociales y económicos sobre los que se basaba esta cultura entraron en un proceso de acelerada degradación (Liverani, 1979: 1346). El rey, el buen pastor del modelo de gobierno patriarcal [↑ II.5.3], acentúa su autoritarismo, abandona su imparcialidad y se decanta por los intereses de ciertos grupos oligárquicos, de los que se convierte en cómplice, perdiendo la confianza de la población. Por otra parte, estos grupos se desentienden de su función de soporte militar e ideológico de la institución monárquica y, en vez de atender a sus deberes feudales, en especial apoyando militarmente al soberano, se liberan de los mismos mediante el pago de sumas de dinero. Ciertos grupos de presión, como los nobles *maryannū* –jefes de carro de guerra, el arma de más prestigio de la época– y los comerciantes y agentes de aduanas –que tienen la exclusiva del comercio internacional– acumulan latifundios hereditarios prácticamente al margen de la autoridad palaciega. Por último, los campesinos de las aldeas y los pequeños artesanos por cuenta propia ven crecer sus deudas, incapaces como son de satisfacer las crecientes cargas fiscales y de cumplir con las numerosas prestaciones en trabajo y levadas militares que les imponen el palacio o sus dueños feudales.

El consenso social se resquebraja y el doble parámetro de *justicia y fidelidad* en el que se basaba la sociedad próximo oriental del Bronce pierde vigencia. La solidaridad entre los diversos grupos, estamentos y macrofamilias se disuelve y, con ella, aquel peculiar modelo social.

La situación de desintegración de las viejas estructuras y de disolución social en que se encontraban las viejas monarquías y ciudades del Egeo, Anatolia y Siria –a diferencia de Asiria o Egipto, más monolíticas– las hacía sumamente débiles, de modo que cualquier imprevisto podría dar al traste con ellas: eran sociedades *inmunodeficientes*. El final del s. -XII se vio afectado por un surtido completo de catástro-

fes naturales –hambrunas en Anatolia y fuertes terremotos en el arco egeo-sirio– que contribuyeron a dañar seriamente los soportes materiales de esos estados. A todo ello hay que sumar la intensificación de la piratería y el bandillaje por parte de gentes que –según las fuentes egipcias– provenían del «Océano», del «Mar» o de «las islas que están en medio del Mar».

### VII.3.3.2. Los «Pueblos del Mar»

La aparición de estos grupos, los *Pueblos del Mar*, coincide en el tiempo con el fin de la cultura del Bronce en el Egeo, Anatolia y Siria; sin embargo, no parece que fueran la causa principal del cambio. Son, sin embargo, un síntoma de la crisis.

En otras condiciones, con estados soportados por sociedades sanas, bandas de ese tipo habrían sido repelidas sin dificultad. Su presencia no fue repentina, ni constituía una invasión masiva; de hecho, los textos de Amarna, en pleno s. XIV [↑ VII.3.2], ya mencionaban la presencia de piratas *licios* en las costas del sur anatólico y de mercenarios *širdana* (de Sardes) al servicio temporal del rey de Biblos. Otro grupo mencionado en las fuentes, los *aqueos* (*aqayawas* en egipcio o *ahhiyawa* en hitita), uno de los grandes bandos contendientes –según la *Iliada* de Homero– en la guerra de Troya, llevaban ya varios siglos asentados en el Egeo, probablemente en Creta (Helck, 1979: 150 s.). En general, los puntos de origen inmediato de los pueblos del mar eran las costas occidentales y meridionales anatólicas y la isla de Creta, y es probable que su creciente agresividad estuviera relacionada con los procesos de disolución del estado hitita de Hattuša, sobre cuyo final estamos muy mal informados.

En todo caso, su actividad desestabilizadora, basada en la piratería y el pillaje, pudo acelerar la ruina de las agonizantes culturas Bronce. Dos fueron las metas de sus correrías: Egipto y Libia en un primer momento, luego Chipre y la costa siria. En Egipto fueron detenidos por los faraones Ramsés II, Merenptah y Ramsés III; las bandas que acosaron Siria tuvieron la fortuna de encontrarse con ciudades estado a punto de desmoronarse. Los textos de Ugarit [↑ VII.3.1] dan fe de la inminencia de esta amenaza, y de la desorganización y nerviosismo de los dirigentes egeos y sirios, incapaces de coordinar la defensa [↑ Texto 53].

Texto 53:

Así (habla) el rey (de Alaššiya / Chipre):

Dile a ‘Ammurapi, el rey de Ugarit:

La paz sea contigo;

que los dioses te guarden en paz.

Eso que me escribías, que «han sido avistadas naves enemigas en alta mar»;

si realmente han sido avistadas las naves, ármate lo mejor que puedas.

¿Dónde están acuartelados tus soldados y tus carros ligeros?

¿Es que no los tienes cerca de ti?

El enemigo va a atacar por detrás (: por poniente).

Rodea tus poblados de murallas y mete adentro a tus soldados y carros, y espera al enemigo, que así estarás seguro.

(Carta del rey de Alaššiya / Chipre a ‘Ammurapi, último rey de Ugarit;  
*Ugaritica*, 5, 23)

Al rey de Alaššiya (Chipre), mi padre, dile:

así dice el rey de Ugarit, tu hijo:

(...)

Padre mío: ya llegan las naves del enemigo; ya ha entregado a las llamas mis poblados y cometido atrocidades en el país.

¿No sabe mi padre que las tropas (...) se encuentran en tierra hitita y mi flota en Licia? Hasta hoy no han regresado, y el país está abierto: eso tiene que saberlo mi padre.

Por ahora han sido siete los barcos que se me han echado encima y han cometido atrocidades.

Si hay más barcos enemigos, escríbeme para que yo me entere.

(Carta del rey 'Ammurapi de Ugarit al rey de Alaššiya / Chipre;  
*Ugaritica*, 5, 24)

Unos años más tarde, las principales ciudades del Levante sirio habían sido destruidas y quedaban sepultadas bajo una espesa capa de cenizas: Ugarit en el norte; Qatna y Qadeš en el interior; Meguido, Ašdod y Gaza en el sur. Aquí, en la llanura marítima meridional, se habían instalado cómodamente las bandas *filisteas* (*plšt* en textos egipcios), que pronto entrarían en conflicto con la liga de tribus israelitas de los montes del interior e iban a ponerle su nombre a la región: Palestina.

A finales del s. -XII se cierne sobre la región siro-palestina una época oscura. Cuando se reanuda la documentación, la cultura, la religión, la sociedad, la economía y la tecnología son diferentes a las del Bronce Tardío. La cultura de la *Edad del Hierro I* inaugura en Siria-Palestina los estados nacionales basados en la ideología étnica: prima la tribu sobre el estado palaciego, la elites culturales se empobercen, y la escritura cuneiforme babilónica se verá sustituida por el alfabeto, mucho más fácil de aprender y más accesible que el cuneiforme babilonio (Liverani, 1979: 1347).

#### VII.4. BIBLIOGRAFÍA

Véanse los capítulos correspondientes de la *Cambridge Ancient History*, así como Cassin-Bottéro-Vercouter, 1992 y 1993; Roux, 1990, caps. 11-16, y Liverani, 1995, caps. 10-21, con bibliografía. Más en especial: sobre la actividad de los amorreos, véase Kupper, 1957. Edzard, 1957, es esencial para lo relativo al asentamiento de las dinastías amorreas en Babilonia y los orígenes de la dinastía de Hammurapi. Para Asiria y su política comercial, véanse Garelli, 1963, y Veenhof, 1972. Los archivos excavados en Mari y publicados en la colección *Archives Royales de Mari*, París, 1950 ss., proporcionan abundante información general sobre la época, así como la colección de cartas babilónicas de la serie *Altbabylonische Briefe*, Leiden, 1964 ss.; para un estado de la cuestión sobre el triángulo Babilonia, Asiria y Éufrates medio a principios del II milenio, véanse los trabajos recogidos por Young, 1992. Para Hammurabi y su época, véanse Schmökel, 1971, y Klengel, 1991. La Babilonia casita se estudia en Brinkman, 1976, y la época asiria media en Harrak, 1987. Sobre la historia de Siria y sus relaciones con Mesopotamia y Anatolia, la obra más actual es Klengel, 1992, con abundante bibliografía; para todo lo relativo a las relaciones

siro-egipcias debe comenzarse con Helck, 1971. Para la historia de los hititas, véanse Kammenhuber, 1968, y Cornelius, 1979; para los hurritas, Wilhelm, 1982, (hay trad. inglesa). Un excelente resumen del estado de la cuestión sobre Ugarit y, en general, sobre el Levante a finales de milenio, en Liverani, 1979; desde una perspectiva más amplia, véase Liverani, 1990. Sobre los llamados «pueblos del mar», véanse en especial Lehmann, 1970; Strobel, 1976, y Haider, 1988.

# Libro II

## EL EGIPTO FARAÓNICO

José Miguel Serrano

# VI

## El Imperio Medio

(2008-1630 a.C.)

## y el Segundo

## Período

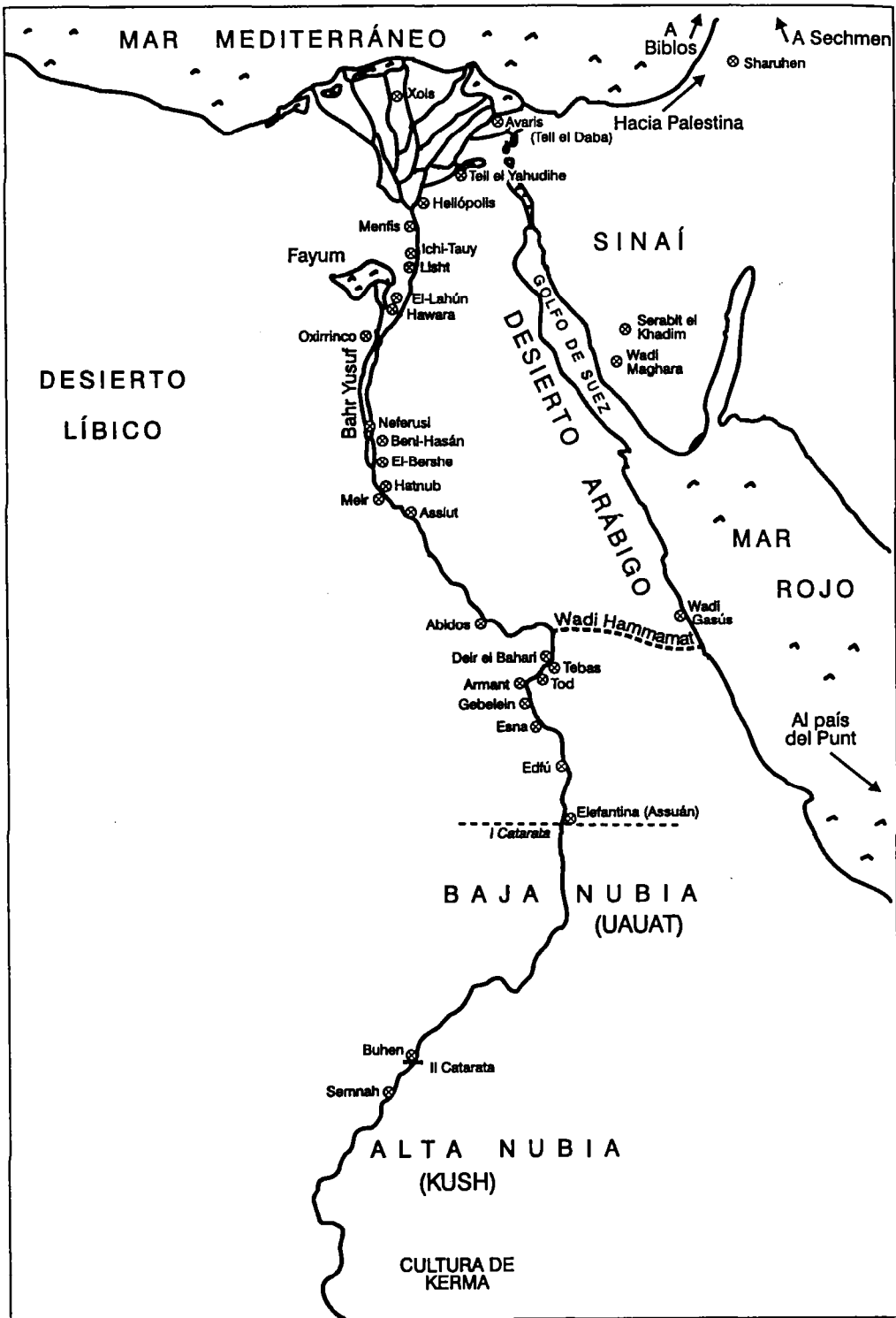
## Intermedio

(1630-1539/1523 a.C.)

### VI.1. EL ASCENSO DE TEBAS Y LA DINASTÍA XI (2008-1938 a.C.)

El Imperio Medio significa la aparición brillante de Tebas en la historia de Egipto. Se trata de una localidad situada en un contexto geográfico de gran belleza, con las alturas de la cadena Líbica asomándose al valle, en una estratégica posición dentro de lo que es el Alto Egipto, a mitad de camino entre los nomos del extremo sur (Elefantina, Hierakómpolis o Edfú) y los núcleos históricos de Koptos, Denderah o Tinis (Abidos). Los egipcios la llamaban *Uaset* (algo así como «Ciudad del Cetro»), y era la capital del nomo IV del Alto Egipto, del mismo nombre. Durante el Imperio Antiguo desempeña un discreto papel, aunque ya hay una necrópolis provincial y, por otra parte, en una de la célebres tríadas de Micerinos el nomo tebano aparece representado personificado junto al soberano. De todas formas no será hasta los tiempos revueltos del Primer Período Intermedio cuando empiece a destacar y a adquirir una posición protagonista en el país. En Tebas se establecerá una familia de enérgicos gobernadores locales que irán reuniendo en torno suyo al Alto Egipto, rivalizando finalmente con las Dinastías IX y X heracleopolitanas. Será un momento complicado, en el que la guerra civil se verá acompañada por las hambrunas y demás elementos de la crisis por la que está pasando Egipto. De entre estos príncipes tebanos sobresale Mentuhotep I, y Antef II y III, que asumen ya la dignidad faraónica y que serán venerados como héroes ancestrales durante la Dinastía XI.

La unificación definitiva del país fue obra de Mentuhotep II. Se trata de uno de los más grandes soberanos del período, que dejó una profunda huella como iniciador de un nuevo ciclo histórico. Así, en una inscripción del Imperio Nuevo aparece asociado a Menes, el primer faraón, y a Ahmosis (fundador precisamente del Imperio Nuevo). Durante bastante tiempo ha habido confusión en torno a su persona, ya que al parecer cambió hasta en tres ocasiones de nomenclatura, a medida que iba avanzando hacia el norte. En principio ostentó el nombre de Horus «Aquel que hace vivir el corazón de las Dos Tierras», lo que ya en sí era una declaración de



Mapa 3. El Imperio Medio y el Segundo Período Intermedio

sus intenciones de agrupar todo el país bajo su autoridad. Después adoptará el nombre «Divino de la Corona Blanca», que quizás refleje un momento difícil en el que Mentuhotep ha de retirarse momentáneamente a sus bases en el sur. Finalmente, con la victoria y la unificación definitiva del país se hará llamar «Aquel que ha unido las Dos Tierras». La liquidación de la guerra civil, obviamente, no fue empresa fácil y le llevaría largos años. En el Egipto Medio, donde había nomos estrechamente unidos con los faraones heracleopolitanos (como el de Assiut), y en la zona entre El Fayum y Menfis debió de encontrar una tenaz resistencia, y allí se desarrollarían posiblemente los combates decisivos. Es significativo que en Deir el Bahari, muy cerca de la tumba de Mentuhotep II se encontró un sepulcro colectivo con unos sesenta soldados que evidentemente fueron muertos en combate; si datan, como parece, de la época de la reunificación, son una buena muestra de la violencia y dureza de los enfrentamientos.

Restablecida la autoridad central, Mentuhotep II tuvo aún que desplegar una intensa actividad de tipo político y militar para asegurar las fronteras y hacer que los pueblos vecinos de Egipto volvieran a aceptar y a respetar la tradicional supremacía faraónica. Es posible que luchara contra los libios, vigilando especialmente la situación en los oasis occidentales, lugares apropiados para servir de refugio y propiciar una actividad de bandidaje hacia el valle del Nilo. Llevó a cabo operaciones de limpieza en el Delta, acabando la obra emprendida por las dinastías heracleopolitanas, y haciendo practicable de nuevo la frontera oriental. A ello se debe el que aparezca posteriormente asociado con la ruta del Sinaí, cuyas riquezas minerales (turquesas especialmente) parecen afluir de nuevo a Egipto. Es, sin embargo, en el frente meridional, hacia Nubia, donde desarrolló su principal actividad. Durante el Primer Período Intermedio los territorios nubios se habían liberado de la tutela egipcia, llegando a constituirse en la zona algunos principados, fuertemente egipcianizados, que incluso pudieron proporcionar mercenarios a los bandos que contendían en Egipto. De Mentuhotep II hay huellas en las inscripciones de Abisko, a una treintena de kilómetros al sur de la I Catarata, y en todo caso parece que la influencia egipcia llega ya hasta wadi Halfa, en la II Catarata, con lo que toda la Baja Nubia (Uauat) queda otra vez abierta al comercio y la presencia egipcios. Mentuhotep II volverá a emplear a combatientes nubios, y el oro de wadi Allaki llega de nuevo a Egipto.

Este soberano consiguió también desplegar una importante actividad de reconstrucción interior. Vuelven a aparecer los altos puestos funcionariales tradicionalmente asociados con la monarquía faraónica, como el *Visir*; dentro de lo que pudo ser una política de reafirmación de la monarquía, celebra la Fiesta-Sed por primera vez desde el Imperio Antiguo. Sin duda el mejor exponente de la prosperidad y del brillo de su reinado es el mausoleo que se hizo construir en Deir el Bahari. Es la primera tumba real importante construida en Egipto desde la Dinastía VI; reúne elementos de la tradición local tebana (tumba excavada en la roca) con la gran arquitectura monumental del Imperio Antiguo. Se trata de un vasto conjunto que se articula en torno a una amplia plataforma, rodeada de un pórtico, sobre la cual se erigiría lo que en principio se pensó que sería una pirámide, y que hoy día se entiende mejor como un tipo de edificio con las paredes en talud (que recuerda una mastaba), o incluso una colina artificial. En cualquier caso, será un elemento de tipo

solar, con resonancias heliopolitanas (una evocación de la colina primordial), quizás como un homenaje al norte recién incorporado y como señal de la vuelta a los dogmas religiosos tradicionales de la realeza menfita. Así en la tumba y su santuario se rendirá culto a Ra, además de al propio soberano y a las divinidades tebanas Montu y Amón.

Los sucesores de Mentuhotep II son poco conocidos. Parece que Mentuhotep III atendió de una forma especial a la seguridad en la frontera del Delta Oriental, tal y como atestigua el culto que posteriormente recibió en la zona (asociado significativamente a Hety III, un faraón heracleopolitano, también muy activo en ese frente). En cuanto a Mentuhotep IV, aún es menos lo que sabemos de él. Con su reinado termina la dinastía, al parecer sumida en revueltas y enfrentamientos civiles, reconocidos en los siete años de vacío de poder que el Papiro de Turín recoge tras Mentuhotep III. Es posible incluso que con él se haya roto la línea dinástica, ya que algunos lo consideran un usurpador, pero no poseemos evidencia suficiente al respecto.

Quizás el aspecto más destacado de los dos últimos reinados de la Dinastía XI sea la reapertura de la ruta del wadi Hammamat y, a través de ella, del comercio por el Mar Rojo y de la explotación de las riquezas minerales del desierto Oriental. Durante el gobierno de Mentuhotep III se sitúan las expediciones de Henu o Henenu, alto funcionario que organiza un nutrido cuerpo expedicionario con egipcios reclutados desde Gebelein hasta Oxirrinco, con los que emprende el reacondicionamiento de la ruta que sale de Koptos, excavando pozos y estableciendo cisternas, y trabajando finalmente en las canteras. Cuando alcanza la orilla del Mar Rojo, Henu monta una flota y la envía a ultramar, posiblemente al país del Punt, que vuelve a recibir así enviados egipcios. Durante el reinado de Mentuhotep IV, un importante personaje, el Visir y Jefe de las Obras del Soberano Amenemhat, del que volveremos a hablar más adelante, encabeza una expedición al wadi Hammamat aún más numerosa, un auténtico ejército de 13.000 hombres que entre otras cosas tenían la misión de encontrar y tallar los bloques de piedra adecuados para el sarcófago del soberano. El hallazgo de los mismos se produce en medio de circunstancias especiales y milagrosas que fueron recogidas en inscripciones que registran los episodios de la campaña, de un gran valor histórico y literario. Estos textos ponen de relieve el gran poder e influencia que este alto funcionario, al mando de un número tan elevado de hombres, técnicos y soldados, tiene en el difícil momento en que se va a extinguir la Dinastía XI.

## VI.2. LA DINASTÍA XII: EL APOGEO DEL IMPERIO MEDIO (1938-1759 a.C.)

Conocemos muy mal el final del reinado de Mentuhotep IV y las circunstancias concretas de la instauración de la Dinastía XII. Egipto pasó, como dijimos, por unos años agitados en los que se enfrentaron varios pretendientes al trono, en una situación que recordaba en buena medida episodios del Primer Período Intermedio. Finalmente se hace con el poder Amenemhat I. Se trata de un personaje que algunos han tratado de identificar, hay que decir que aún sin pruebas concluyentes, con el Visir homónimo ya citado de las inscripciones del wadi Hammamat. Es curio-

so en todo caso que el nuevo faraón profesó gran respeto y fidelidad por los soberanos de la Dinastía XI, lo que recuerda las manifestaciones de lealtad del visir Amenemhat hacia Mentuhotep IV. Habría quizás que pensar en una actitud de justificación y de legitimidad del nuevo linaje dinástico, que pretende aparecer así como continuación del anterior. De todas formas, estaba claro que se había producido un cambio y que Egipto entraba en un nuevo período histórico. Esta idea se ponía de manifiesto en el nombre de Horus de Amenemhat I: *Ujem-Mesut*, «El Que Repite Los Nacimientos», expresión muy típica egipcia que pretende delimitar un nuevo principio de los tiempos.

Toda esta coyuntura aparece afortunadamente ilustrada por una obra literaria llamada *La profecía de Neferty*. Se trata de un texto que recrea lo que podríamos llamar una profecía *post eventum*, y que sin duda se elaboró como parte de un esfuerzo de propaganda y de justificación del acceso al trono del nuevo gobernante: en el reinado de Snofru un sacerdote heliopolitano predice la triste situación de anarquía y decadencia en la que va a caer el país; al mismo tiempo informa que se producirá el advenimiento de una monarca salvador, en quien sin demasiados esfuerzos se puede identificar a Amenemhat I:

Entonces vendrá un rey del sur, Ameny, el justificado, de nombre, hijo de una mujer de Ta-Seti, un vástago del Alto Egipto. Él tomará la corona Blanca. Él tomará la corona Roja. Unirá a los Dos Poderosos. Él agradará a los Dos Señores con lo que ellos desean... ¡Alégrate, oh pueblo de su tiempo! El hijo de un hombre hará su nombre para toda la eternidad. Los malintencionados, los traidores, suprimen su discurso por miedo a él. Los Asiáticos caerán ante su espada; los Libios caerán ante su llama... Entonces el Orden volverá a su lugar, y el Caos será rechazado... (Trad. M. Lichtheim, 1975-1980, vol. I)

Se trata de un texto que ha suscitado muchos comentarios y cuyo valor como reflejo de los acontecimientos históricos es cuando menos discutible. De todas formas, da la impresión de que reconoce el origen no real de Amenemhat I, de quien se dice incluso que es hijo de una mujer de Nubia (Ta-Seti es un topónimo relacionado con esa zona). La restauración del orden (Ma'at) es el argumento definitivo que confiere la legitimidad necesaria al nuevo soberano.

Fuese como fuese, no cabe duda de que Amenemhat I logra afirmarse en el trono en buena medida gracias a los apoyos de poderosas familias de la aristocracia local, que a cambio mantendrán una gran autonomía y serán conscientes de su importante papel. Así, siguen utilizando los grandes títulos de los nomarcas («Gran Jefe del Nomo», «Gobernante del Castillo», etc.) y conservan importantes poderes. Particular relevancia tienen los nomarcas de Beni-Hasán, en el Egipto Medio, y los de Elefantina, algunos de los cuales (Sarenput I y II) nos han dejado suntuosas tumbas con inscripciones en las que manifiestan su orgullo y relación privilegiada de cara al faraón. Es posible que en este último caso la importancia del frente sur, cara a los nubios, haya tenido que ver en el reconocimiento de la valía y en la consolidación del poder de esos nomarcas meridionales. De todas formas, Amenemhat I intervino con habilidad como árbitro en las disputas entre las familias locales, fijando las fronteras entre los nomos y concretando los límites de la autoridad de los respectivos jefes provinciales, asumiendo un papel que consagraba en definitiva la posición preeminente de la monarquía.

Un hecho importante de su reinado fue la fundación de una nueva capital y el traslado de la corte, que abandona Tebas y se establecerá entre Menfis y El Fayum, en el lugar llamado Ichi-Taui («El que Conquista las Dos Tierras», en alusión sin duda a la acción del soberano). Las razones que motivaron esta decisión debieron de ser varias. Por un lado, Tebas no tenía aún tradición de capitalidad, y su posición excéntrica no era quizás la más apropiada para gobernar Egipto. Al establecerse en la zona menfita, Amenemhat I se beneficiaba de la tradición secular de sede del gobierno central de Menfis y del prestigio religioso de Heliópolis, siguiendo en esto las huellas de los faraones heracleopolitanos. Por otra parte, Ichi-Taui se encontraba próxima al Fayum, que se convertirá, como veremos, en la región más atendida por la Dinastía XII. Y aún más, desde ahí se alcanzaba rápidamente el delta Oriental, zona que todavía precisaba una atención especial, como demuestra la construcción por este faraón de una serie de fortalezas fronterizas con el Sinaí para evitar las incursiones e infiltraciones beduínicas. Además, como se ha señalado con razón, es posible que el ambiente en Tebas, donde quizás quedaran aún elementos emparentados con la Dinastía XI o facciones adversas, no fuera especialmente propicio para Amenemhat I, que al fin y al cabo era un usurpador y un recién llegado al trono.

Posiblemente por eso asociará al trono a su hijo y sucesor (el futuro Sesostri I), inaugurando así una tradición dinástica que contemplaba la posibilidad de que coexistieran dos titulares en el trono. Se trata de un recurso ya utilizado, como vimos, en la Dinastía VI, precisamente también en un momento de inestabilidad en el trono. Ahora, el heredero asociado va a encargarse muy especialmente de la actividad militar, de dirigir las campañas fronterizas y organizar el ejército. La medida fue muy oportuna, pues Amenemhat I morirá víctima de un complot, en donde resulta asesinado. Conocemos muy bien este episodio por dos composiciones literarias que figuran entre las obras maestras de la literatura egipcia. En una de ellas, *La historia de Sinuhé*, el relato comienza registrando con un estilo oficial y metafórico la muerte del soberano y la celeridad con que su sucesor Sesostri I se hace cargo de la situación:

Año 30, Tercer Mes de la Inundación, día 7: el dios ascendió a su horizonte. El rey del Alto y del Bajo Egipto, Sehetepibre (= Amenemhat I), voló al cielo y se unió con el disco solar, sumergiéndose el cuerpo divino en su hacedor. La Residencia estaba entonces en silencio, y los corazones, afligidos. La gran puerta callaba. Los cortesanos tenían la cabeza en las rodillas; el pueblo se lamentaba. Su majestad había enviado entonces un ejército a la Tierra de los Libios, al mando de su hijo mayor, el buen dios Sesostri (I). Había sido enviado para golpear las tierras extranjeras y castigar a los Libios. Él volvía entonces, trayendo cautivos de los Libios y ganado de todo tipo sin número. Los funcionarios del palacio enviaron a la frontera occidental para hacer que el hijo del rey conociera lo que había sucedido en la corte. Los mensajeros lo encontraron en el camino, alcanzándolo de noche. No se entretuvo un momento. El Halcón voló con sus seguidores, sin dejar que su ejército lo supiera... (Trad. M. Lichtheim, 1975-1980, vol. I)

El otro texto es todavía más expresivo y llamativo, si cabe. Se trata de *La instrucción de Amenemhat I a su hijo*. En esta obra el soberano difunto aconseja a su

heredero sobre el buen gobierno, recomendándole especialmente que extreme la prudencia y que desconfíe de quienes le rodean. En un momento dado, Amenemhat I relata cómo fue asesinado:

Fue después de la cena, cuando la noche había llegado. Yo había tomado una hora de reposo, tendido en mi lecho, y mi corazón empezaba a seguir mi sueño. Entonces se blandieron las armas que (debían) protegerme. Actué como la serpiente del desierto. Habiéndome despertado a causa de la lucha, me puse alerta. Descubrí que se trataba de una disputa de la guardia. Si rápidamente yo hubiera tomado las armas en mi mano, habría hecho que los cobardes se retiraran con una carga. Pero nadie es bravo en la noche. No puede producirse el éxito en la ausencia de un protector. Mira, el crimen sucedió cuando estaba sin ti, sin que aún se hubiera enterado la corte que yo te iba a entregar (el poder), y sin que aún me hubiera sentado (entronizado) contigo, de forma que te pudiera aconsejar... (Trad. J. M. Serrano, 1993)

De ambos textos parece deducirse que la conspiración que puso fin a la vida de Amenemhat I escogió bien el momento, aprovechando la ausencia del heredero y corregente. En el complot estaban involucrados miembros de la propia familia real, lo cual suponía un peligro adicional; por otra parte, es significativo que el asesinato se produjera precisamente cuando se estaba preparando la celebración de la Fiesta Sed, por la que se suponía el faraón quedaría revitalizado en sus poderes mágico-religiosos y afianzado así en el trono.

Sesostris I actuó con gran celeridad reprimiendo la conspiración y castigando a los implicados, iniciando en solitario un largo y próspero reinado, para muchos el más importante del Imperio Medio. De él quedó una imagen de faraón modélico que fue imitada incluso siglos después de su muerte y cuyos ecos llegaron hasta Heródoto, que mezcla las noticias de los reinados de Sesostri I y Sesostri III (II, 102-110). Realizó una intensa labor de consolidación de la monarquía, insistiendo en la cuestión de la legitimidad, que justificó especialmente en el terreno religioso, quizás aleccionado por lo que le sucedió a su padre. Así, celebró una Fiesta Sed y propició un culto a su persona que pone de manifiesto la divinización de que fue objeto en vida.

Una de las acciones más celebradas de su reinado fue la restauración del gran santuario de Atum-Ra en Heliópolis. Con la distinción de este centro de culto (el más sagrado para los egipcios junto con Abidos) Sesostri I se situaba en la tradición político-religiosa de los grandes faraones del Imperio Antiguo, al mismo tiempo que se atraía así a las gentes del Delta y del Bajo Egipto en general, que tenían en Heliópolis su gran centro de peregrinación. A todo ello podemos unir una lectura simbólica de tipo religioso: refundando el templo de Atum, Sesostri I trata de aparecer vinculado a este dios primordial de los orígenes, que de una forma inusualmente frecuente se representa y es citado asociado con este monarca en textos y monumentos; con ello se quiere insistir en que el reinado de Sesostri marca un nuevo inicio o principio de los tiempos y de un orden nuevo (o mejor, del tradicional orden universal, Ma'at). Así, no es extraño que el nombre de Horus del soberano sea *Anj-Mesut* («Vida de los Nacimientos»).

El gobierno y la administración de Egipto mejoraron en eficiencia y calidad durante este reinado, como demuestra la intensa actividad edilicia. Sesostri I de-

bió, sin embargo, respetar la autonomía de los poderosos nomarcas de Elefantina y de los nomos del Egipto Medio (Assiut, Beni-Hasán, Meir, etc.). Quizás sea la política exterior el aspecto mejor conocido. En la línea de los últimos soberanos de la Dinastía XI continuó preocupado por la explotación del desierto Oriental, enviando importantes expediciones a la zona; con ello hay que relacionar sus trabajos en el gran templo de Min en Koptos, a la entrada del wadi Hammamat. El Sinaí es también regularmente visitado por los egipcios, que mantienen buenas relaciones con las poblaciones indígenas de la zona. En Palestina, tal y como muestra perfectamente *La historia de Sinuhé*, la autoridad del faraón es respetada y los mensajeros y comerciantes que van y vienen en dirección a la frontera egipcia tienen el paso libre. Parece incluso que agentes diplomáticos del faraón están establecidos de forma más o menos permanente en la zona, asegurando la influencia egipcia. Ésta es particularmente importante en ciudades como Biblos, cuyo príncipe semita ostentará títulos egipcios, y a través de cuyo puerto se envían a Egipto los productos asiáticos y del Egeo, zona con la que empieza a haber contactos indirectos. Una oportuna actividad diplomática de intercambios de presentes («política de regalos», como se ha dado en llamar) facilitará la fluidez y la buena voluntad en las relaciones.

Sin embargo, será Nubia el frente en el que se despliegue la mayor actividad exterior de Sesostri I. A diferencia de lo que sucede en Palestina, Egipto asegura ahora un control directo de ese territorio, de tipo militar (o imperial si queremos), que se concretará en la construcción de los primeros fuertes y castillos de la zona de la II Catarata. Y aún más al sur, los egipcios penetrarán hasta cerca de la III Catarata, donde parece que se establecieron algunos puestos comerciales. Una de las razones fundamentales de este interés parece haber sido de nuevo el oro (se fortifican los accesos a la región aurífera de wadi Allaki), así como la creciente dinamicidad social y cultural de las poblaciones indígenas que empieza a manifestarse tanto en Uauat (la Baja Nubia), como en las zonas de la III y IV Cataratas (Kush).

Los soberanos que suceden a Sesostri I mantienen las líneas políticas que son ya propias de la dinastía. Comienza a manifestarse un interés por la zona del Fayum, por su acondicionamiento y por las posibilidades de mejorar la explotación de este particular oasis tan próximo al Nilo y a la capital, Ichi-Taúy. Amenemhat II hace acondicionar el puerto de wadi Gasus, en las orillas del Mar Rojo, a la salida del wadi Hammamat, desde donde envía al menos una expedición naval al país del Punt. De su reinado provienen varias de las piezas del famoso tesoro de Tod, muchas de ellas de factura asiática, lo que supone un indicio más de los intercambios y del comercio con Siria y Palestina. Precisamente en el reinado de su sucesor, Sesostri II, se data la representación de la llegada de una caravana de beduinos, con un tipo humano netamente ajeno al egipcio; aunque esta imagen ha de ser interpretada con cautela, no cabe duda de que es un buen exponente de los movimientos de pequeños grupos y de la infiltración de gentes, tanto por la frontera oriental como por la zona líbica, que se irán haciendo más intensas a medida que avanzamos en el Imperio Medio.

Con Sesostri III llegamos a otro ápice histórico en la Dinastía XII, al menos en lo que se refiere a la política exterior. El dominio egipcio en Nubia se consolida ya de forma eficaz y permanente. Este soberano hará reexcavar y acondicionar un ca-

nal (que ya existía desde el Imperio Antiguo) para facilitar el tránsito por la I Catarata y asegurar las comunicaciones con la Baja Nubia (Uauat), canal que recibirá el nombre de «Hermosos son los Caminos de Jakaure (= Sesostris III)». Se continuó el acondicionamiento defensivo de los accesos a las zonas productoras de oro. Pero sobre todo establecerá firmemente la frontera egipcia a la altura de la II Catarata por medio de una serie de impresionantes fortalezas (Semnah, Kumnah, etc.), de las cuales Buhen puede ser un buen exponente: ocupando una extensión de casi tres hectáreas, se apoyaba por un lado en el río (para vigilar el tráfico fluvial), en tanto que por el lado de tierra firme desplegaba un impresionante dispositivo defensivo, con un foso y dos muros, el mayor de los cuales alcanzaba los 11 m de altura por 5 de grosor (Wildung, 1984, p. 178). En la zona se erigieron además una serie de estelas fronterizas que expresaban de forma literaria la autoridad del soberano y los límites de tránsito permitido a las poblaciones indígenas:

Frontera meridional hecha en el año 8 bajo la majestad del rey del Alto y Bajo Egipto Jakaure, dotado de vida por toda la eternidad y para siempre, para impedir que la atraviere ningún Nubio hacia el norte, ya por tierra o en barco, así como cualquier ganado de los Nubios, excepto el Nubio que haya venido a comerciar a Iken (= Mirgissa), o en calidad de emisario. Que se haga todo el bien (posible) con ellos, pero sin permitir que barco (alguno) de los Nubios pase corriente abajo por Jej (= Semnah) para siempre. (Trad. J. M. Serrano, 1993)

La situación en esta frontera en la Dinastía XII queda también reflejada de una forma más cotidiana y viva en los llamados *Partes de Semnah*, conjunto de informes emitidos por patrullas fronterizas de la zona de la II Catarata que sugieren que en Nubia se está registrando una importante agitación y movimientos de pueblos. En realidad, el impresionante dispositivo militar que Egipto despliega en la zona sólo tiene sentido si enfrente tenía un rival importante. Y ciertamente al mismo tiempo que el Imperio Medio se consolida en Egipto, en Nubia está desarrollándose la llamada Cultura de Kerma, que tendrá su centro político en esa localidad de la zona de la III Catarata, en la que se situaba la capital de un auténtico estado y de una civilización con una fuerte personalidad, aunque con notables influencias egipcias. Sus jefes o reyes residían en una impresionante fortaleza erigida en una altura artificial construida en ladrillos, y eran enterrados en grandes túmulos, rodeados de un rico ajuar y de sus esposas y servidores, inmolados para la ocasión. Además de ello en la Baja Nubia (Uauat), entre la I y la II Cataratas, se acusan las presiones de pueblos arqueológicamente identificados como el Grupo C, que sin duda son en buena medida los responsables de la inestabilidad de la zona. Todo ello justifica el enorme esfuerzo militar y de vigilancia que Sesostris III y en general el Imperio Medio egipcio han de hacer para mantener el control de sus territorios al sur de Elefantina.

Con respecto a Asia, la tradicional política de influencias y de intercambios pacíficos se rompe con una campaña militar que, en el reinado de Sesostris III, llegó hasta la altura de una localidad llamada Sechmen, lo que, si se puede identificar con la Sikem bíblica, supondría una importante penetración en Palestina, siendo el punto más lejano alcanzado jamás por un ejército egipcio hasta el momento y constituyendo un precedente de la gran política expansionista asiática del Imperio Nuevo. De todas maneras parece que se trató de una empresa aislada y que no con-

dujo al establecimiento de nuevas conquistas. El incremento de la tensión y la situación de violencia y rivalidad con las tribus y pueblos de la franja sirio-palestina se pone de manifiesto en los llamados *Textos de Execración*, también de esta época, en los que de una forma mágico-religiosa (en realidad se trata de fórmulas de maldición) se pretende anular la capacidad ofensiva y de daño de los enemigos asiáticos.

Menos conocida es la actividad reformadora de la administración que se suele atribuir a Sesostri III. Según algunos, eliminó la organización provincial que reposaba en los nomos, suprimiendo incluso el cargo de nomarca, y dividió Egipto en tres grandes circunscripciones (llamadas genéricamente *uaret*): *Uaret* del Norte (el Delta), *Uaret* del Sur (Egipto Medio), y *Uaret* del Extremo del Sur (Alto Egipto), cada uno con un gobernador al frente, auxiliado por subalternos y por un consejo de justicia. Sin embargo no está claro que esta reforma se pusiera plenamente en marcha con anterioridad a la Dinastía XIII, aunque es verdad que en el reinado de Sesostri III se afianza notablemente la autoridad del monarca, desapareciendo muchos cargos provinciales, centrándose cada vez más el gobierno y el poder efectivo en la corte y el faraón.

Su sucesor, Amenemhat III, recibe un país seguro en sus fronteras y próspero en cuanto al gobierno y la administración, por lo que este soberano pudo desplegar una intensa labor arquitectónica y de mejoras internas. En su tiempo se desarrolla una actividad sin parangón en las minas de cobre y turquesas del Sinaí, sobre todo en Serabit el Khadim, donde hay una auténtica ciudad minera en la que conviven egipcios y asiáticos, y de la que han quedado importantes vestigios de urbanización. Allí se alzaba un santuario a Hathor, patrona de la zona y de las relaciones entre los egipcios y las poblaciones del Sinaí y de Palestina. Por otro lado, Amenemhat III se centró muy especialmente en la zona de El Fayum; allí erigió colosos y santuarios, entre los cuales destacaba su templo funerario, que, debido a su tamaño y complejidad, era llamado «El Laberinto» y que, según Heródoto, superaba en belleza y grandeza a las pirámides. La agricultura de la zona fue desarrollada siguiendo un vasto plan de irrigación, que permitió ganar miles de hectáreas cultivables; se construyeron esclusas y diques (desde el Bahr Yusuf, que conecta al Fayum con el Nilo), y el nivel de las crecidas del Nilo (que fueron, por otra parte, óptimas) era objeto de un registro cuidadoso desde el extremo más meridional del dominio egipcio, en la II Catarata.

Resulta paradójico que poco después de este memorable reinado la Dinastía XII, el núcleo histórico del Imperio Medio, llegara a su fin. Como suele suceder en estas circunstancias, conocemos mal el desarrollo de los acontecimientos aunque una vez más, como al final de la Dinastía VI, se menciona a una reina, Nefrusobek, que asume el trono, quizás por extinción de la línea masculina de sucesión, y que marca el final de la dinastía.

### VI.3. EL TRÁNSITO HACIA EL SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO: LA DINASTÍA XIII (1759-1630 a.C.)

Se tiene la tendencia a asociar la Dinastía XIII con los tiempos oscuros del Segundo Período Intermedio, presentándola como el prólogo, marcado por la decadencia, del desastre que para Egipto supuso la invasión de los hiksos. Y sin embar-

go se trata de un período largo, de más de un siglo, en el que el rasgo más llamativo al menos en su primera mitad es la continuidad. No pocas obras de arte y objetos de valor que se han adscrito a la Dinastía XII (en la que a veces parece que se pretende concentrar toda la creación del Imperio Medio), son posteriores, y evidencian el mantenimiento de los valores culturales tradicionales. De la misma forma, la Dinastía XIII ofrece una documentación papirológica (y de textos en general) muy rica, que debe de ser el resultado del mantenimiento de la administración egipcia y que contrasta con los pocos datos que tenemos sobre los grandes acontecimientos históricos. La titulación de muchos faraones de este momento denota la voluntad de continuidad y de asociarse a los grandes soberanos precedentes: Antef, Mentuhotep, Amenemhat, Sesostris, a los que se unen otros nombres nuevos, como Sobekhotep, expresivo de la devoción por Sobek, el dios cocodrilo del Fayum. La documentación arqueológica sugiere el mantenimiento de la presencia egipcia en Nubia. Con respecto a Asia, hay al menos un relieve en el que se presenta al príncipe de Biblos homenajando a Ra, posiblemente reconociendo aún la autoridad del faraón.

De todas formas, a medida que avanzamos en este período dinástico comienzan a aparecer indicios de problemas y de cambios. Los monumentos se hacen más pequeños y la calidad del arte se resiente. Los soberanos comienzan a sucederse con rapidez en el trono, reflejando una situación de inestabilidad que recuerda lo que sucedía durante la Dinastía VIII, en el Primer Período Intermedio. No pocos de ellos llevan nombres que delatan un origen no real o plebeyo (Jendjer, Renseneb, Ugaf), o reconocen con descaro su extracción humilde. Incluso posiblemente algún extranjero descendiente de asiáticos o de nubios se sentó en este momento en el trono de los faraones. Quizás la monarquía se convirtió en un instrumento en manos de importantes familias cortesanas, lo que explicaría la continuidad en el puesto de Visir de determinadas personas a lo largo de varios efímeros reinados, dando la impresión de que estos Visires son los que realmente controlan el poder. Es posible también que el ejército desempeñe un papel importante ante la creciente inestabilidad, lo que podría justificar que nos encontremos con que accede al trono alguno de los comandantes de la tropa. En fin, como al final del Imperio Antiguo, el deterioro del poder real terminará traduciéndose en una desintegración del país, que irá quedando en manos de linajes locales, uno de los cuales parece que funda una dinastía en el delta Occidental (se trata de la Dinastía XIV de Xoïs). Entre tanto las infiltraciones de poblaciones beduínicas y de gentes procedentes en general de Asia a través de la frontera oriental se hacen cada vez más frecuentes, como demuestra la presencia de cerámicas palestinas, de tipos de enterramientos y otras evidencias presentes ya en sitios como Tell el Daba, la posterior capital de los hiksos. El país estaba maduro para el cambio que se avecinaba.

#### VI.4. LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA DURANTE EL IMPERIO MEDIO

El Imperio Medio supone un período afortunado de la historia de Egipto, en el que la estabilidad y el buen gobierno del país permitieron un incremento del bienestar social, un notable aprovechamiento de los recursos económicos y un estímulo claro de las artes y las letras. Como era de esperar, según las tradiciones egipcias,



la institución de la monarquía será la piedra angular del período. Especialmente durante la Dinastía XII se sucedieron en el trono una serie de eficaces gobernantes que además protagonizaron reinados notablemente largos. La figura del faraón en el Imperio Medio difiere en buena medida de lo visto en el Imperio Antiguo. La crisis del Primer Período Intermedio, que había cuestionado a la propia institución y había obligado a replantearse sus bases ideológicas y religiosas (como tuvimos ocasión de ver), dejó una profunda huella en el Imperio Medio. De hecho, todas las grandes composiciones literarias que presentan la nueva imagen del soberano y que pueden tener su origen en aquellos tiempos revueltos se conservan en copias de esta época si no posteriores (*El campesino elocuente*, *Las instrucciones a Merikare*, *Las lamentaciones de Ipuwer*, etc.). La reconstrucción de la imagen de la realeza y su proyección social, política y religiosa fue una de las empresas más importantes que ocuparon a los faraones de las Dinastías XI y XII, empresa que se proyectó en una amplia y peculiar creación artística y literaria que tiene mucho de propaganda.

Hubo que reconstruir el dogma de la realeza divina, seguramente según unas bases no tan extremas como las que habían estado vigentes durante el Imperio Antiguo. La antroponimia de los soberanos, frecuentemente representados en intimidad con los dioses, o la restauración de ciertos rituales como la Fiesta Sed, contribuyen a renovar esta concepción tan estrechamente vinculada a la institución real. Pero había que admitir los cambios y adaptarse a los nuevos tiempos. Los faraones del Imperio Medio se muestran mucho más próximos a sus súbditos y a la condición humana; esto queda patente en el reconocimiento de las debilidades del soberano y en la posibilidad de que pueda fallar, tal y como queda reflejado muy expresivamente en los testimonios del asesinato de Amenemhat I (sobre todo en *Las instrucciones de Amenemhat I*), o en la simpática y cordial escena de la recepción de Sinuhé en la corte egipcia tras su exilio. El faraón se vuelve más humano y paternal, plenamente dedicado al bienestar de su pueblo, su rebaño. Es la imagen del «buen pastor», que ya mencionamos con anterioridad. El soberano no sólo tiene que serlo, sino que además, y sobre todo, ha de justificar su posición y su labor con un eficaz gobierno y con la consecución de la felicidad de todos los egipcios, ricos y pobres, nobles y plebeyos, con un sentido social del estado y del gobierno que constituye otra marca de identidad del período. No cabe duda de que la religión osiriana, triunfante en este período, con su carga moral y de exaltación de la justicia, tuvo que contribuir a esta evolución. El arte es un reflejo perfecto de la situación: los soberanos son retratados en muchas ocasiones de una forma casi individualizada, con una fiel plasmación de sus rasgos personales, asequibles así a todos los súbditos. Además no es raro que se representen los aspectos de la vejez, del deterioro físico y del paso del tiempo (ojos hundidos, arrugas, espaldas cargadas), expresivos quizás de la pesada y opresiva carga que suponía llevar el timón del estado. En esta nueva monarquía, el papel de la familia real va a tener gran importancia; los príncipes herederos se asociarán frecuentemente al trono, para asegurar así su mejor preparación y capacidad de gobierno. Las reinas tienen una función propia, apareciendo representadas frecuentemente junto al soberano (baste citar, una vez más, las escenas de la vuelta de Sinuhé); se las asocia especialmente al culto a la diosa Hathor, muchos de cuyos atributos o elementos iconográficos adoptan.

La monarquía faraónica contó con el apoyo y la solidaridad de las clases dirigentes en su empeño de reconstrucción nacional. Las relaciones con la nobleza comenzaron siendo de respeto mutuo y de reconocimiento de los poderes y privilegios tradicionales de los grandes linajes provinciales, que en principio aparecen orgullosos y conscientes de su importancia, como muestra el nomarca de Elefantina Sarenput I:

Los dioses de Elefantina han prolongado para mí la duración del reinado de su majestad como rey; han hecho que su majestad nazca de nuevo para mí, para que pueda repetir para mí millones de fiestas Sed; le han concedido la eternidad como rey para que se instale sobre el trono de Horus, tal y como yo deseaba para él. (Trad. en Wildung, 1984, p. 141)

A medida que avanzamos en la Dinastía XII, sin embargo, la dependencia con respecto a la figura del soberano se va haciendo cada vez más grande. Muchos nobles tebanos trasladarán su residencia (y construirán sus tumbas) a Ichi-Taui, como Antefiker, visir bajo Amenemhat I y Sesostris I. Otros, como los nomarcas de Beni Hasán, expresan claramente cómo el mantenimiento del poder en manos de la familia se debe fundamentalmente al favor real. Incluso en la iconografía va a aparecer la moda de imitar el rostro del soberano en las estatuas de los nobles (Wildung, 1984, p. 220).

Pero para volver a levantar el esplendor de Egipto los faraones se encontraron con la necesidad de incrementar el número de funcionarios y de hacer más compleja la administración. Con la Dinastía XI aparecen de nuevo Visires, a los que se incorporaran pronto otros altos funcionarios como el Canciller Real, el Mayordomo del Palacio, etc. Pero sobre todo la actividad fue intensa en el nivel de los pequeños y medianos funcionarios, fundamentalmente escribas. El estado egipcio precisaba ahora (como durante las Dinastías V y VI) un ejército de profesionales que conocieran la escritura y las demás técnicas propias del buen funcionario. Ésa fue una de las razones por las que se trasladó la capital al norte, a la zona menfita, que tenía una tradición secular de residencia de empleados gubernamentales, donde aún se conservaban los conocimientos y quizás existieran escuelas. En todo caso en la nueva capital se creó un centro de formación específico (posiblemente habría otros más), y se desarrolló una política de captación y de estímulo de las vocaciones funcionariales, de las cuales el mejor exponente es *La Sátira de Los Oficios*, que ya tuvimos ocasión de comentar, y que exaltaba la profesión de escriba por encima de todas las demás.

El resultado de esto fue la conformación de un sector social medio, de gentes en general acomodadas y que se dedicaban fundamentalmente a funciones de escriba o funcionariales, y que, junto con la nobleza, constituyen uno de los arquetipos del Imperio Medio. Dejaron una interesante huella en el arte (esculturas, estelas, tumbas de modestas dimensiones, etc.). Otra consecuencia fue el incremento del uso de la escritura y muy especialmente de la producción papirológica, no sólo de textos de tipo administrativo y oficial, sino también de obras de tipo puramente literario, de contenido religioso o incluso científico. Especialmente útil debió de ser una obrita compilada para uso de los escribas de la administración y de los funcionarios llamada *La Kemyt* (literalmente «La Suma»), que reunía desde todo tipo de formu-

larios y normas para la elaboración de decretos, cartas o informes hasta cuestiones relativas al estilo o a los conocimientos específicos que debía poseer el escriba. En la localidad de El Lahun, cerca de la salida del Bahr Yusuſ, donde se levantó una auténtica ciudad de las Dinastías XII y XIII en función de los mausoleos de los faraones, se han encontrados lotes de papiros que recogen desde fragmentos literarios o míticos, hasta listas y trozos de contabilidad, registros mercantiles, testamentos y cartas, etc. Es célebre la *Correspondencia de Hekanajte*, conjunto de cartas privadas que datan de finales de la Dinastía XI o de comienzos de la XII, y que fueron encontradas en Deir el Bahari. El personaje principal, Hekanajte, es un sacerdote funerario encargado de una fundación para el mantenimiento de la tumba del visir Ipy; a través de estos documentos, que son muy expresivos, entramos en muchos aspectos de la vida cotidiana, de las relaciones familiares, de la organización de los cultivos y de la gestión de las propiedades agrarias, etc.

No es extraño, por lo que acabamos de decir, que el Imperio Medio sea considerado por la egiptología y por los propios egipcios como el siglo de oro de la creación literaria. La lengua de la época, el egipcio medio, se convierte en el modelo clásico y de más acabada elegancia de la literatura, que será mantenido e imitado hasta el final de la historia de Egipto. En un papiro del Imperio Nuevo en el que se enumeran a los más grandes escritores del país, se cita una lista de personajes significativamente casi todos ellos del Imperio Medio. En este tiempo se sitúan algunas de las obras más clásicas de las letras egipcias, como *Las máximas de Ptahotep*, *La historia del naufragio*, o los *Cuentos del Papiro Westcar*, por mencionar sólo algunos. Quizás la más famosa sea la ya citada *Historia de Sinuhé*, que a juzgar por la cantidad de copias que de ella nos han quedado debía de ser considerada como la obra maestra de la literatura egipcia. En ella se narra el destierro y las aventuras de un cortesano, Sinuhé, que huye de Egipto en el momento del asesinato de Amenemhat I; en su exilio recorre diversas regiones de Siria y Palestina, donde acabará instalándose, haciendo fortuna y formando una familia, hasta que una carta del soberano, Sesostri I, le hace tomar la decisión de volver a la patria, donde será recibido con todos los honores y donde se establecerá hasta su muerte. Además de ser una obra escrita en un estilo pulido y elegante, contiene elementos históricos de considerable importancia relativos a las relaciones de Egipto con Asia y a la situación y prestigio de la realeza. Pero sobre todo *Sinuhé* será una obra particularmente popular por encarnar el ideal de cortesano, del hombre de agudo ingenio que salva los problemas y dificultades, y que finalmente alcanzará la felicidad y el éxito de la mano y al lado del faraón, asegurándose un suntuoso enterramiento, lo que para cualquier egipcio era el más deseable de los destinos.

Al lado de la literatura, el arte del Imperio Medio tendrá también la categoría de clásico. Las tumbas reales adquieren de nuevo la entidad monumental acorde con la situación de la realeza, volviendo, tras el excepcional experimento de Mentuhotep II en Deir el Bahari, al modelo piramidal: casi todas las pirámides de la Dinastía XII se concentran entre Menfis y El Fayum, la nueva zona nuclear del país. Por otra parte, las tumbas de los nobles y de los cortesanos aparecen espléndidamente decoradas y pintadas, reflejo de la prosperidad de este grupo. Son muy destacadas algunas necrópolis provinciales o de familias de nomarcas, como las de Meir, Beni Hasán o Elefantina. De especial valor social y económico son las maque-

tas con escenas de la vida cotidiana y modelos de casas o embarcaciones que aparecen en muchas de estas tumbas. Buena prueba de la fama y prestigio de este arte es la frecuente usurpación de estatuas y monumentos del Imperio Medio en épocas posteriores, así como la imitación (a veces servil) de los temas iconográficos y de las escenas representadas de esta época.

La evolución religiosa del Imperio Medio se presenta de alguna forma como una continuidad de algunas de las innovaciones del Primer Período Intermedio. Así, el culto a Osiris termina por consagrarse como el más popular del país, influyendo en muchos aspectos de la vida, incluido la política y las prácticas de enterramiento de los soberanos. Como dios de los muertos, acaba acaparando el papel central en la religión funeraria, tal y como se ve en los *Textos de los Sarcófagos*, o el *Libro de los Dos Caminos*, auténtica guía que ha de servir para que el difunto no se pierda en las regiones subterráneas del más allá. Abidos se convierte en un centro de peregrinación y de culto de primer orden, quizás beneficiado por el protagonismo que ostentan los nomos del Egipto Medio y Alto; allí se erigirán miles de estelas conmemorativas, que amén de evidenciar la popularidad de los cultos osirianos, recogen informaciones biográficas de gran valor para el conocimiento de las mentalidades (y a veces de acontecimientos históricos). Esta ciudad será objeto de grandes muestras de atención y de deferencia por parte de los soberanos, como Sesostri III, que además de su tumba piramidal en la zona del Fayum (que significativamente está orientada hacia el occidente, en dirección a la tierra osiriana de los muertos), se construyó un cenotafio en Abidos y envió a esa ciudad a un notable, Ijernofret, para que volviera a celebrar los rituales dramatizados conmemorativos de la leyenda osiriana.

Por otra parte, la figura de Ra y de los cultos heliopolitanos en general vuelven a recibir gran atención, en buena medida por razones de tipo político, como ya vimos en el caso de la reconstrucción del templo de Atum por Sesostri I. Además de ello ascienden los dioses de las nuevas capitales de Egipto, como Montu de Tebas, divinidad guerrera que patrocinó la reunificación y que fue muy venerado por los soberanos de la Dinastía XI, y Sobek, el dios cocodrilo del Fayum. Pero sobre todo fue espectacular el ascenso de Amón de Tebas. Se trata de un viejo dios de la Enéada de Hermópolis que, asimilando elementos de Montu y de Min, acabará viéndose muy favorecido por la Dinastía XII, a comienzos de la cual se le asimila ya al dios solar, en la forma Amón-Ra, adoptando el rol de dios nacional e iniciando así una trayectoria que continuará, aún más destacada, durante el Imperio Nuevo.

## VI.5. EL SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO: LOS HIKSOS EN EGIPTO

Parece incuestionable que la etapa marcada por la presencia de los hiksos es una de las más oscuras de toda la historia de Egipto. Como sucedió en el Primer Período Intermedio, la ruptura de la unidad del país y las disputas internas cortan la tradicional linealidad histórica egipcia, dando paso a problemas cronológicos insalvables y a la coexistencia de distintas dinastías, cuyas relaciones son a menudo difíciles de establecer: así, además de la ya citada Dinastía XIV del delta Oriental (Xois), nos encontramos con los soberanos y jefes hiksos (Dinastías XV y XVI) y con el linaje de príncipes tebanos que reconstruirá finalmente la unidad nacional (Dinastía XVII).

Por otra parte, a los interrogantes de la arqueología de este período, que son muchos, y a la escasez de documentos escritos contemporáneos de valor histórico, se añade la propia visión negativa que se guardará posteriormente de estos tiempos. Para los egipcios el Segundo Período Intermedio se convirtió en el oprobio de su historia, en el más vergonzoso recuerdo que acuñaba su conciencia del pasado. Y ello hasta el punto de pretender borrarlo de la memoria, como si jamás hubiera existido. Referirse a la época de los hiksos tenía mucho de tabú, y en cualquier caso, siempre que se hacía, era para resaltar la miseria del país, la destrucción de sus monumentos, sus valores y su cultura, la opresión de las gentes, y por supuesto, la maldad de los ocupantes. Así, algunas listas reales (como la de Abidos), saltan directamente desde los últimos soberanos de la Dinastía XII hasta Ahmosis, el fundador del Imperio Nuevo; en otras, como en el Papiro de Turín, se incluye a los reyes hiksos pero privándolos del protocolo faraónico, demostrando claramente su condición de usurpadores y tiranos. Para los egipcios, la invasión de los hiksos fue un duro golpe a la tradicional seguridad del país frente al exterior, golpe que les infundió temor y les empujó a convertirse en una auténtica potencia militar. En su visión mítica de las cosas, ese episodio de su pasado se convirtió en un ejemplo del triunfo del caos y del desorden, del mal en definitiva, precisamente en una tierra y en una sociedad que se consideraban favoritas de los dioses y, por excelencia, la humanidad, frente a un mundo exterior y extranjero siempre entendido como inferior. Pero al mismo tiempo, los hiksos lanzaron a Egipto hacia fuera, a involucrarse en el Próximo Oriente, en un proceso que obviamente ya no podía tener retorno, como quedaría demostrado con el imperialismo de las Dinastías XVIII y XIX.

Curiosamente, para la cuestión de la llegada de los hiksos a Egipto tenemos un excepcional documento que pretende ser una descripción fiel y detallada, y que es ni más ni menos que uno de los pocos fragmentos que nos han quedado de Manetón, recogido en una obra de Flavio Josefo, escritor judeo-romano de fines del s. I d.C. Merece la pena que lo recojamos literalmente:

Tutimeos. Durante su reinado, por una causa que ignoro, nos golpeó Dios e, inesperadamente, unos hombres de estirpe desconocida, procedentes de Oriente, con osadía invadieron nuestro país, al que sometieron mediante la fuerza, sin dificultad ni combate. Tras haberse impuesto a los gobernantes de la Tierra, destruyeron las ciudades, arrasaron los templos de los dioses y trataron con extrema crueldad a los habitantes del país, asesinando a unos y reduciendo a la esclavitud a los hijos y mujeres de otros... Su raza era denominada «hiksos», que significa «reyes pastores», ya que «hyk» en lengua sagrada significa «reyes», y «sos» en el lenguaje vulgar es «pastor» o «pastores»...

Este texto, además de la imagen negativa antes citada, nos presenta la llegada del invasor en forma de irrupción violenta y dramática. Por otra parte, intenta explicar la etimología de la palabra que sirve para designarlos, y además de una forma errónea, pues sabemos hoy que deriva de las palabras egipcias *jeka* («jefe», o incluso «rey») y de *jaset* («desierto», o genéricamente «país extranjero»), con lo que la traducción correcta es la de «jefes de tierras extranjeras». Se trata de una expresión bien conocida en el Imperio Medio y que se utilizaba para referirse a las poblaciones beduínicas de los desiertos colindantes con Egipto, lo que nos da una pista

con respecto a qué tipos de gentes serían los hiksos. Esto es importante, pues la caracterización étnica y cultural de los recién llegados ha sido una de las cuestiones más debatidas, a veces influida por consideraciones que sobrepasan el estricto marco científico (por ejemplo, ciertos prejuicios raciales frente a los semitas o los indoeuropeos). La opinión más generalizada es que los hiksos eran un conglomerado de pueblos de componente fundamentalmente semítica, en buena medida emparentados con las poblaciones de la zona palestina y de las tierras orientales cercanas al valle del Nilo y que desde hacía muchos siglos estaban en contacto con Egipto. Mezclados con ellos habría algunos elementos nuevos, como grupos amorritas (también semitas) y hurritas vinculados con los mitannios (por lo tanto, indoeuropeos), que han dejado algunas huellas en la onomástica y en la cultura material de los hiksos.

Gracias a la referencia a un faraón Dudimose, el Dedumesiu de los monumentos, y a la llamada *Estela del Año 400*, sabemos que la presencia y consolidación del fenómeno hikso en el valle del Nilo fue mucho más paulatina de lo que sugiere el texto manetoniano. Posiblemente la debilidad de la Dinastía XIII permitió que grupos beduínicos lograran infiltrarse en el delta Oriental (quizás en la segunda mitad del s. XVIII a.C.). En realidad, sabemos que ya desde la Dinastía XII hay una discreta afluencia de asiáticos y grupos procedentes de Palestina hacia Egipto, que sin duda van haciéndose cada vez más numerosos. En un momento dado, con la ruptura de hecho de la unidad del país, los hiksos se hacen fuertes en el delta Oriental, donde se establecen en una serie de yacimientos que han proporcionado unos horizontes arqueológicos característicos, muy relacionados con el Bronce Medio sirio-palestino, como Tell el Yahudiyeh, Bubastis, o Tell el Sahaba. Es sobre todo importante Tell el Daba, donde se situaría la capital de los hiksos, llamada Avaris, que en los últimos tiempos está siendo objeto de estudios y de excavaciones sistemáticos que han proporcionado resultados espectaculares, que reflejan bien el complejo mundo de relaciones internacionales y de mezcolanza cultural que se oculta tras el fenómeno hikso. En un momento dado (entre 1675-1650 a.C.) lograrían tomar Menfis e Ichi-Taui, con lo que se extingue oficialmente la Dinastía XIII; los extranjeros se arrogarán finalmente el protocolo faraónico (será la Dinastía XV), dominando efectivamente el delta y parte del valle pero siendo en principio reconocida su autoridad por todo el país.

La llegada de los hiksos a Egipto no fue un acontecimiento aislado. Por el contrario se integra perfectamente, y se entiende mejor, dentro del contexto histórico general del Próximo Oriente, en el que están teniendo lugar grandes cambios en los primeros siglos del II milenio a.C. Es un momento en el que el panorama étnico, lingüístico e histórico de la zona está cambiando de forma muy notable, con la continua afluencia de poblaciones amorritas que lograrán establecer dinastías brillantes en Babilonia y Assur. En Anatolia los hititas, indoeuropeos, hacen acto de presencia, al igual que los hurritas en la Alta Mesopotamia y en Siria, donde a partir del s. XVI a.C. constituyen el poderoso estado de Mitanni. No cabe duda de que la llegada de los hiksos a Egipto fue el resultado de las convulsiones demográficas y políticas de estos cambios, que produjeron desplazamientos de pueblos en la franja sirio-palestina en dirección al valle del Nilo, incapaz ahora de ofrecer resistencia y siempre atractivo por las privilegiadas condiciones naturales de la tierra egipcia.

Es razonable pensar que el gobierno de los hiksos estuvo en buena medida apoyado en las sólidas estructuras administrativas heredadas del Imperio Medio. Se ha podido comprobar que gran número de funcionarios y notables egipcios de raza sirvieron fielmente a los faraones hiksos. Por otra parte, los recién llegados traerían sus propias tradiciones de gobierno. Es muy posible que la realidad política de Siria-Palestina, conglomerado de pequeños estados, ciudades o etnias que reconocen generalmente la autoridad de una potencia líder, a la que pagan un tributo y con la que se ven obligados militarmente pero que por lo demás ha de tolerar importantes niveles de autogobierno, se trasladara a Egipto. El poder de la dinastía de faraones hiksos se sustentaría así en un control directo de tan sólo una pequeña parte del territorio, apoyado eso sí por algunos puntos fuertes estratégicamente distribuidos donde se concentrarían importantes contingentes de tropa. De esta forma se podría entender la *Dinastía XVI, llamada de los «Pequeños Hiksos»*, en realidad una mala interpretación de estos principados y jefaturas vasallos, y también el que en Tebas, en el sur, se tolerara el establecimiento de una dinastía egipcia que a la postre encabezará la recuperación de la independencia y la identidad nacional. Fieles a su origen extranjero y mezclado, los soberanos hiksos desarrollarán una política de relaciones internacionales de gran alcance, manteniendo relaciones que abarcan desde el estado independiente que se ha establecido en Nubia, por el sur, hasta Siria, Mesopotamia, el Egeo y las islas del Mediterráneo oriental por el norte, apareciendo así como un antecedente de las posteriores directrices expansionistas del Imperio Nuevo, y sin duda manteniendo una actividad de intercambios y de comercio que no tenía precedentes en la historia de Egipto.

La realidad cultural del Segundo Período Intermedio es francamente compleja, y hay que entenderla como el resultado de la mezcla de los elementos tradicionales de la civilización egipcia, ya milenaria, con las propias aportaciones de los recién llegados, francamente vinculadas a los círculos sirio-palestinos; se trata de un período abierto a las influencias y en donde sin duda debieron de producirse interesantes procesos de sincretismo cultural. Resulta evidente que los hiksos hicieron de Egipto su nuevo país y patria, y que se adaptaron en buena medida a lo que allí encontraron: modelos artísticos, la escritura jeroglífica, la propia forma de vida y de vestir, etc. Esto es particularmente palpable en lo que respecta a la institución de la monarquía y a la religión. Los faraones hiksos mantuvieron el ritual y protocolo de la monarquía faraónica, incluyendo la nomenclatura del soberano, que delata el respeto a Ra como divinidad principal. En este sentido la imagen posterior, que presenta a los hiksos como represores de la religiosidad tradicional, no puede sostenerse. Los hiksos (más concretamente sus soberanos), manifestaron su atención y preferencia hacia Sobek, Thot o Harajty, y sobre todo hacia Seth, que asimilaron al Baal semítico y al que dedicaron un gran templo en Avaris. Pero también expresaron su respeto y devoción hacia Heliópolis y hacia Ra, dios que aparece con frecuencia mencionado en los títulos y nombres de estos soberanos. No olvidemos que la implantación fundamental de los recién llegados se realizó en el delta y en el área menfita, precisamente la zona original de los cultos solares egipcios. Por otro lado, como se ha señalado en repetidas ocasiones, durante el dominio de los hiksos se dió un mantenimiento de la tradición de los escribas de la que son buena muestra las copias de importantes textos literarios, como el Papiro Westcar, o científicas, como el Papiro Matemático Rhind.

Las novedades o aportaciones que aparecen en Egipto con los hiksos no son, por otra parte, desdeñables. Algunas afectan a la cultura material, como determinados instrumentos musicales de origen asiático, joyas (pendientes), formas cerámicas por supuesto y mejoras en la metalurgia (mejor calidad del bronce). Aparece el telar y se desarrolla mucho el uso del *shaduf*, instrumento de elevación de aguas que se implantará definitivamente a partir de este período. No pocas innovaciones se aprecian en las armas y técnicas militares: hachas, espadas (de tipo curvo o cimitarra) y el temible arco compuesto asiático, capaz de arrojar flechas que podían atravesar chapas de metal. En cambio no parece que se introdujera un tipo especial de fortalezas, con las que trataron de relacionarse determinados vestigios arqueológicos de lo que hoy día se entiende mejor como las plataformas o cimentación de templos. Con respecto al caballo y el carro ligero de guerra, no parece que llegara con los conquistadores ni que contribuyera de forma importante a su éxito militar. Es más, dejando aparte algunos testimonios arqueológicos puntuales, parece que el caballo se usa con fines militares en Egipto por vez primera a fines del período, y sin duda su llegada a Egipto se produce en el contexto general de difusión de la cría y uso de este animal en el Próximo Oriente, sobre todo por determinados pueblos como los hititas y los mitannios, a través de los cuales pudo llegar al valle del Nilo.

La expulsión de los hiksos y la liquidación histórica del Segundo Período Intermedio fue la obra de un linaje meridional enraizado en Tebas (la Dinastía XVII), que parece logró mantener una cierta autonomía, tolerada por los soberanos hiksos del norte, que en principio eran reconocidos y recibían el homenaje vasallático de esos príncipes tebanos. Sabemos poco acerca de los orígenes de la Dinastía XVII, pero en cualquier caso consiguió mantener un foco de autoctonismo en el extremo sur del país, lejos del dominio efectivo de los hiksos. Llegarán a controlar desde Elefantina hasta Abidos, gobernando según las tradiciones del Imperio Medio (distritos o *uaret*, funcionarios como el visir, etc.). En esta zona se generará una cultura de marcado carácter provincial, pobre en cuanto a sus materiales y relativamente cerrada, en la que no obstante surge la idea de enraizar con épocas más gloriosas del pasado y de restaurar la independencia. Así, algunos príncipes tebanos toman nombres que evocan a grandes soberanos (como Antef, por ejemplo). Los santuarios panegipcios de Abidos (Osiris) y de Koptos (Min) recibirán una gran atención. Y sobre todo se apreciará un carácter belicoso o militar cada vez más acusado (presencia de armas en los enterramientos, incluso en los de las reinas o princesas).

Gracias a una documentación literaria relativamente rica podemos seguir las diferentes etapas en que se desarrolló la confrontación con los hiksos y la reunificación del país. Es posible que el primer episodio de la lucha se produjera bajo Sekenenre Taa II, convenientemente apodado «El Bravo». Es el protagonista de un relato datado del Imperio Nuevo, y que se conserva en una copia de la Dinastía XIX (Papiro Sallier I), llamado *La disputa entre Sekenenre y Apopi*. La autoridad del soberano hikso aparece clara al comienzo del texto:

Aconteció pues que la tierra de Egipto estaba en dura aflicción, y que no había un señor... como rey de ese tiempo. Ocurrió que el soberano Sekenenre... era el gobernante... de la Ciudad del Sur (= Tebas). Había sin embargo dura aflicción en la ciudad de los Asiáticos, estando (el Príncipe) Apopi en Avaris. Todo el país le presen-

taba ofrendas trayéndole sus tributos, y el norte (hacia) lo mismo con todos los buenos productos del delta. El rey Apopi... tomó para sí a Seth como (único) señor, y no servía a ningún (otro) dios que hubiera en todo el país [excepto a] Seth. Construyó un templo, un trabajo bueno y de eternidad, al lado de la mansión del rey Apopi... Y solía aparecer [al alba] del día para hacer sacrificios... a Seth; y los notables [del palacio] iban portando guirnaldas, como se hace en el templo de Re-Harajty... (Trad. J. M. Serrano, 1993)

La situación se complica cuando el rey hikso, Apopi, bien conocido por otros documentos, parece provocar al príncipe tebano con una extraña exigencia. Por desgracia el final del relato se ha perdido, pero es posible que registrara el comienzo de las hostilidades. Se supone que los tebanos consiguieron llegar hasta Cusae, en el Egipto Medio. Pero es posible también que la victoria le costara la vida al propio Sekenenre, cuya momia muestra las huellas de terribles heridas (seguramente recibidas en combate) que sin duda le causaron la muerte.

A Sekenenre Taa II le sucede su hijo Kamosis, que protagoniza la segunda etapa de la contienda, la mejor conocida gracias a dos estelas paralelas que el soberano hizo erigir en Tebas y que para nuestra fortuna se han conservado. A través de estos excepcionales textos se aprecia un cambio en la actitud de los tebanos, que toman la iniciativa, manifestando un espíritu agresivo que ya es un claro preludio de lo que encontraremos en el Imperio Nuevo. Las palabras que el propio Kamosis dirige a sus cortesanos al comienzo de la Primera Estela (cuyo texto se conserva en una copia de escriba, la llamada *Tablilla Carnarvon*) son el mejor exponente de este nuevo aliento expansionista centrado aún en la recuperación de la independencia y la unidad del país:

Su majestad habló en su palacio al consejo de notables que le acompañaba: «Quisiera saber para qué sirve mi fuerza, (cuando) hay un príncipe en Avaris y otro en Kush, y yo estoy (aquí) sentado unido a un asiático y a un nubio, cada persona controlando su porción de Egipto, dividiendo la tierra conmigo. Yo no los voy a tolerar, tan lejos como Menfis, el agua de Egipto. Él (se refiere al rey hikso) controla Jmun, y ningún hombre tiene reposo, agotado como está por las corveas de los asiáticos. Voy a enfrentarme con él (para) rajarse su cuerpo. Mi deseo es rescatar Egipto y expulsar a los asiáticos...» (Tablilla Carnarvon. Trad. J. M. Serrano, 1993)

A continuación se describen una serie de enfrentamientos, que tienen lugar fundamentalmente en el Egipto Medio, y donde Kamosis ha de enfrentarse a un egipcio, Teti, que le opone fuerte resistencia en Neferusi, lo que demuestra que la empresa de liberación del país no tenía ni mucho menos un apoyo unánime en las provincias septentrionales. Por otro lado, se puede apreciar que la autoridad del soberano hikso reposaba en la fidelidad de una serie de jefes o gobernantes locales, debiendo estar concentrado el grueso del ejército en sus bases del delta Oriental, especialmente en la capital, Avaris. Así, en la Segunda Estela, cuyo original sí se ha conservado, la atención se centra en una audaz razzia de Kamosis, que se presenta en los propios muros de Avaris, donde hace una demostración de poder, saquea el territorio y, sin medios sin duda para mantener un asedio, regresa a Tebas, donde celebra un gran triunfo. La base de la movilidad del ejército tebano estará en buena medida en la flota, que desempeñó un papel determinante en la expulsión de los

hiksos. Al tiempo que regresaba hacia el sur, Kamosis intercepta un mensaje del faraón hiko dirigido al reyezuelo de Nubia donde le insta a unir sus fuerzas contra el tebano:

De la mano del soberano de Avaris, Auserra, el Hijo de Ra Apopi, saluda a (su) hijo el soberano de Kush: ¿Por qué te has erigido en soberano sin dejar que yo lo supiese? ¿Has visto lo que Egipto ha hecho contra mí? El rey que hay allí, Kamosis, me está atacando en mi (propio) suelo. (Y sin embargo) yo no le he atacado en la forma de todo lo que él ha hecho contra ti. Ha escogido, para dañarnos, las dos tierras, mi tierra y la tuya, y las ha devastado. ¡Ven hacia el norte! No temas. Mira, él está aquí en mi poder. No hay nadie que se alze contra ti en este Egipto. No voy a permitirle el paso hasta que tú hayas llegado. Entonces nosotros (nos) repartiremos las ciudades de este Egipto y nuestras dos tierras se alegrarán. (Trad. J. M. Serrano, 1993)

Esta carta debió de alertar a Kamosis de que cualquier empresa importante hacia el Delta y Palestina debía estar acompañada de una vigilancia y un control de la situación en Nubia, que serán constantes desde los inicios del Imperio Nuevo. Por otro lado, el triunfo celebrado en Tebas consagra la victoria al dios Amón, que aparece aquí por vez primera de forma clara como adalid divino de la lucha contra los hiksos y patrono de la actividad imperialista, papel que se afirmará sólidamente a lo largo del Imperio Nuevo.

Quizás también Kamosis muera en los enfrentamientos. Al menos eso podría deducirse de que su sucesor, Ahmosis, fuera su hermano. A éste es a quien hay que atribuir el mérito de la derrota definitiva de los hiksos y su expulsión de Egipto, episodios de los que por desgracia estamos mal informados. Sabemos que Avaris fue tomada después de violentos combates, y que el faraón persiguió a los hiksos hasta el sur de Palestina, donde durante tres años se sitió la ciudad de Saruhen, quizás la última base que les quedaba. Tras estos acontecimientos, los hiksos desaparecen de la historia, tan bruscamente como entraron en ella, quizás absorbidos y diluidos en el complejo mundo sirio-palestino y de los desiertos orientales. Entre tanto, en Egipto comenzaba el Imperio Nuevo.

## VI.6. BIBLIOGRAFÍA

La mejor síntesis sobre el Imperio Medio, con un tratamiento muy cuidado del material artístico y arqueológico, es Wildung, 1984. También recomendable es Franke, 1995. La reciente obra de Vandersleyen, 1995 ofrece un tratamiento muy prolijo, con gran profusión de datos, que dificultan en ocasiones la obtención de una perspectiva clara de conjunto. Sigue siendo un estudio sugerente y válido la clásica obra sobre literatura y propaganda de Posener, 1969. Para el Segundo Período Intermedio, véase Save Soderbergh, 1951; Beckerath, 1964; Bietak, 1981, y para una presentación global en castellano, Ordóñez Agulla, 1994.